

LA EXPANSIÓN ÁRABE EL CALIFATO ORTODOXO

La sucesión de Mahoma y la organización del Estado árabe-musulmán

La muerte del profeta Mahoma produjo la primera gran crisis que enfrentó la comunidad musulmana o *Umma*. Al morir, el profeta no había designado expresamente a su sucesor ni había tomado medida alguna para una decisión al respecto. No obstante, parece ser que sin mucha dificultad, sus principales seguidores, aconsejados por Umar y Abu Ubaida, llegaron a un acuerdo al designar en el año 632 a Abu Bakr como su sucesor (632-634). Éste, al anunciar a los fieles la muerte de aquél, pronunció las siguientes palabras:

"Hombres: el que adore a Mahoma, sepa que ha muerto; el que adore a Dios, sepa que éste vive y es inmortal."

El título conferido a Abu Bakr fue el *de jalifa*, califa, que no es el de profeta. La ley ya ha sido dada, y él, como vicario, debe velar por su aplicación y regir a la comunidad de creyentes. Este hecho señala la inauguración de la institución histórica del califato.

El califa es el custodio y protector de la fe, dispensador de la justicia, el caudillo en la oración y la guerra; tiene amplios poderes en el gobierno, en la administración del Estado y en el nombramiento de gobernadores y jueces. El califato como institución está basado en el *Alcorán*. La sura 2, versículo 28, atestigua su origen divino:

"Recuerda cuando dijo tu Señor a los ángeles: 'Pondré en la Tierra un vicario'. Dijeron: '¿Pondrás en ella a quien extienda la corrupción y derrame la sangre, mientras nosotros cantamos tu loor y te santificamos?' Respondió: 'Yo sé lo que no sabéis'."

Otra sura define el deber del califa de actuar como juez e imponer la *sari'a*, ley divinamente revelada, cuyas fuentes están constituidas por el *Alcorán* y la *Sunna*.

"¡Oh!, David, en verdad te hemos establecido como un vicario (*jalifa*) en la Tierra.

Juzga tú verazmente entre los hombres..."

(Sura 36, versículo 25)

Abu Bakr

Abu Bakr, padre de Aisha, esposa preferida de Mahoma, enfrentó con carácter su primera tarea: contrarrestar la secesión de las tribus de Arabia, las cuales se sintieron libres del vínculo moral y político que las unía a Mahoma y no reconocieron al nuevo califa. Este movimiento de rebelión es conocido tradicionalmente como *Riada*. Dichas tribus aprovecharon la situación para negarse a cualquier pago o contribución. La revuelta terminó con una victoria, antes de un año, sobre todas las resistencias locales, imponiéndose el dominio musulmán a casi toda Arabia, incluyendo una zona más amplia que en vida de Mahoma, y alcanzándose la unidad de la península.

Una vez resuelto el problema de la *Riada*, los árabes comenzaron las guerras de expansión. Con la fundamental motivación de extender la nueva fe, se iniciaron las primeras expediciones fuera de las fronteras de Arabia. Estas campañas aumentaron a medida que los musulmanes constataron tanto la increíble debilidad de Bizancio y Persia, imperios agotados por un enfrentamiento continuo, como la riqueza de las regiones fronterizas de la península.

Las primeras incursiones de los musulmanes, tanto en la región levantina como en Mesopotamia, se tradujeron en rápidas victorias. En ellas se destacó Jalid Ibn al-Walid, cuyo genio militar ya había sido probado en las guerras de secesión y quien poseía el apelativo honorífico de *Sayf Allah* ("la espada de Dios") y el cargo de general en jefe del frente bizantino. En el año 633, los árabes penetraron en Palestina y Transjordania, desbaratando a los bizantinos en Aynadayn, Baysan y Fihl, y obligándolos a refugiarse en Jerusalén y Damasco.

Umar

A la muerte de Abu Bakr, le sucedió Umar Ibn al-Jattab. Durante los diez años del califato de Umar (634-644) se realizarían las grandes conquistas del Levante, Mesopotamia, Egipto y Persia, y se pondrían los cimientos de lo que iba a ser el clásico Estado islámico.

En forma sucesiva, fueron conquistadas las ciudades levantinas que estaban bajo hegemonía de Bizancio, entre ellas Damasco. La batalla de Yarmuk (636) dejó en manos árabes en forma definitiva la Siria bizantina. En 638 abrió sus puertas al islam la última ciudad de Palestina, Jerusalén; al parecer, la capitulación de esta ciudad siguió a un pacto que aseguraba a los cristianos vida y bienes, iglesias y libertad de culto, a cambio de sumisión y tributo.

En el frente oriental, la batalla de Qadisiyya dio término al dominio persa del Iraq. Para asegurar las nuevas conquistas, los árabes fundaron dos campos militares, Kufa y Basra, que pronto se transformarían en florecientes ciudades y centros de difusión de la cultura. En estas ciudades nacerían las escuelas de gramática que habían de sistematizar la lengua árabe. Con la batalla de Nihawand, en el año 641, los árabes se abrieron paso a la meseta de Irán, ocupando finalmente toda Persia.

La campaña al país del Nilo fue conducida por Amr Ibn Al-as, quien venció a los bizantinos en la ciudad de Ayn Sams, Heliópolis, hasta que finalmente, en 642, los árabes entraron triunfantes en Alejandría. Durante sus campañas en Egipto, Amr Ibn Al-as fundó el campo militar de Al-Fustat, que se convertiría posteriormente en la importante metrópoli de El Cairo, ciudad que desempeñaría un rol de gran relevancia en el desarrollo cultural árabe-islámico.

Durante el califato de Umar, se fue esbozando la constitución del naciente imperio árabe, sustentado en una organización de carácter militar. El gobernador de cada provincia era el mismo jefe militar que la había conquistado, en quien se centraban las funciones de presidir la oración, exhortar de modo oficial al pueblo congregado en la mezquita y administrar justicia en nombre del califa. La población conquistada que profesa confesiones religiosas distintas a la fe musulmana —*Ahl-Al-Kilab*, "gente del libro" o judíos, cristianos y zoroastrianos— recibía la categoría de protegidos, *dimmi*, de ciudadanos de segunda clase en el Estado islámico. Este status social no los obligaba a participar en forma activa en la defensa de la *Umma* contra los Estados beligerantes, ni les otorgaba derecho a participar en el reparto de los botines de guerra. Sin embargo, su contribución al tesoro del *Ummat al-Islam*, comunidad de fieles, se hacía a través del pago de una capitación o *yizya*. Los neoconvertos al Islam sólo podían ingresar a la nueva fe haciéndose clientes o *mawali* de una u otra de las tribus árabes. Teóricamente, los *mawali* tenían el mismo status social que los árabes dentro de la *Umma*.

Umar prohibió la adquisición de tierras privadas en los territorios recién conquistados, respetando los bienes de la población lugareña. Umar fue también quien fijó e introdujo la era musulmana, computándola desde el año en que tuvo lugar la hégira de Mahoma (622). La tradición árabe representa en este califa al ideal de hombre musulmán, por su piedad, sentido de justicia y habilidad política y militar. A fines del año 644 murió asesinado por un esclavo; fue enterrado, como Abu Bakr, junto a Mahoma, en la mezquita de Medina.

Antes de morir y anticipándose al peligro de guerra civil con que se enfrentaría el Islam ante el problema de la sucesión, Umar había constituido un colegio electoral o *Sura*, compuesto de seis miembros, integrado por los candidatos más probables para la sucesión, con el deber de elegir a uno de ellos como nuevo califa. La *Sura*, haciendo caso omiso de las pretensiones de Ali, eligió al débil Utman Ibn Affan (644-656), yerno de Mahoma, esperando así poder intervenir en el gobierno. La elección de Utman representó una victoria de la antigua aristocracia mequí.

Utman

La debilidad y el nepotismo de Utman pusieron de manifiesto los resentimientos que durante cierto tiempo habían venido desarrollándose subterráneamente entre los árabes. Situación que se agravaba al eludir, con concesiones privadas, la prohibición impuesta por Umar de adquirir

tierras; de esta manera se fue abriendo camino a la gran propiedad y al capital. Tres de los miembros de la *Sura*, los más defraudados, Ali, Zubayr y Talha, trataron de persuadir al califa de que desistiera de su nepotismo, en vista del general descontento en la comunidad islámica, pues como resultado de esta política los medinenses, los habitantes de Kufa y de Egipto habían iniciado rebeliones. Asediado en su propia casa, murió asesinado. Utman, sin que pudiera impedirlo Na'ila, su mujer, quien posteriormente envió a Mu'awiya, gobernador de Siria, la túnica ensangrentada del califa muerto, encomendándole vengar la muerte de su esposo.

El hecho más significativo durante el gobierno de Utman lo constituye la fijación y promulgación del texto sagrado al coránico.

A pesar de la inestabilidad política que caracteriza a este período, la expansión del imperio no se detuvo. En el año 646 se llevaron a efecto incursiones en Cirenaica, y al año siguiente en Capadocia y en Frigia. En 649 se produjo la primera expedición marítima musulmana, con un desembarco en Chipre. Dos años después se completó la conquista de Persia oriental. También se efectuaron operaciones terrestres en Armenia y en África septentrional hasta Ifriqiya (actual Túnez), pero fueron limitadas y cesaron prácticamente en el año 651. Las expediciones marítimas continuaron dirigidas por Mu'awiya, gobernador de Siria, y Abd Allah Ibn Sarh. A la conquista de Chipre siguió una invasión de la costa siciliana. En 655, la flota árabe derrotó a la bizantina en las cercanías de la costa de Licia; con ello comenzó la desaparición de la hegemonía bizantina en el mar Mediterráneo, abriéndose nuevos horizontes para el Islam, que empezó a prevalecer en el dominio de las rutas marítimas y a transformar las condiciones económicas de los países costeros.

Al morir Utman, asumió la conducción de la *Umma* Ali Ibn Abu-Talib.

Ali

Utman había sido asesinado por un grupo de amotinados del ejército árabe de Egipto. El crimen marcó una crisis en la historia del Islam y a su vez debilitó en gran medida el prestigio moral y religioso del califa, al sentar un triste precedente. Si bien el crimen fue cometido por los rebeldes de Egipto, el centro de oposición más fuerte fue la misma Medina. Talha y Zubayr, miembros de la aristocracia mequí; Aisha, la viuda del profeta, y el general Amr Ibn al-as, conquistador y gobernador de Egipto, que había sido recientemente sustituido por orden de Utman, crearon centros de conspiración; es posible que hayan participado en los acontecimientos conocidos por la tradición como *yawm al-dar*, "el día de la casa".

Ali fue proclamado en Medina como califa, pero al no ser reconocido por todos, dio ocasión a la primera *fitna* o ruptura de la comunidad. Por una parte, el clan omeya, con Mu'awiya a la cabeza, reclamó el castigo de los asesinos, lo que Ali no pudo o no quiso conceder. Aisha, Talha y Zubayr, olvidando su papel en los acontecimientos precedentes, se sublevaron, arrastrando a la ciudad o *misr* de Basra en su movimiento. Lo rechazaron también los quraysíes, que habían perdido poder con la muerte de Utman, y los piadosos medinenses, que veían en Ali al principal beneficiario de un sacrílego crimen.

Dispuesto a enfrentar a sus antiguos aliados encabezados por Aisha, salió Ali de Medina en octubre de 656, hecho que señaló el fin de Medina como capital del imperio islámico. Además, por primera vez un califa dirigía un ejército musulmán para enfrentarse con hermanos musulmanes.

Ali se dirigió al *misr* Kufa, recibiendo el apoyo de la población, y marchó contra Basra, donde aconteció la lucha conocida por la tradición como la "batalla del camello", pues el principal enfrentamiento se desarrolló en torno al camello montado por Aisha, la "Madre de los Justos". La batalla concluyó con la victoria de Ali. Talha y Zubayr perecieron en el combate y Aisha fue hecha prisionera devuelta a La Meca, donde permanecería hasta su muerte en 678. Después de ocupar brevemente Basra, Ali regresó a Kufa, ciudad que hizo su capital. Aparentemente fortalecido y dueño del imperio islámico, el califa contaba solamente con apoyo en la zona que controlaba; gran parte de Arabia y Egipto permanecían neutrales. Además era

acompañado en su séquito por pietistas y teócratas que constantemente discutían su autoridad. En Siria, Mu awiya ocupaba una sólida posición, gobernando una provincia unida, con autoridad centralizada y disponiendo de un buen ejército, entrenado y disciplinado en las guerras de frontera con los bizantinos. Mu awiya había permanecido neutral mientras Ali luchaba con sus adversarios, pero después de la eliminación de éstos, demandó justicia por el asesinato de Utman. Con esto no hacía más que actuar de acuerdo con la antigua costumbre árabe sancionada por el propio *Alcorán*. Sin reclamar pretensiones al califato, discutía el título de Ali, acusándolo de culpabilidad moral. Su primer movimiento fue rechazar al gobernador que envió Ali para reemplazarlo, lo que obligó al califa a salir al mando de sus tropas. En la primavera de 657, los dos ejércitos se encontraron en Siffin, a orillas del Eufrates; después de algunas semanas de negociaciones y desafíos, se enfrentaron definitivamente el 26 de julio de 657; cuando las fuerzas de Ali ya alcanzaban la victoria, Amr Ibn al-as, partidario de Mu awiya, hizo a sus soldados clavar hojas del *Alcorán* en las puntas de sus lanzas, queriendo significar que era necesario detener la lucha fratricida y someterla al juicio de Dios. La presión de sus hombres indujo al califa a aceptar la tregua y a confiar la decisión a unos árbitros. Ante esto, cierto número de hombres protestó, aduciendo que no reconocían ninguna decisión emanada de arbitraje humano, pues era un sacrilegio dejar en manos de hombres el juicio divino. Mientras se realizaba el litigio, estos partidarios de Ali se aislaron de ambas partes y desde entonces recibieron el nombre de *jawariy*, "aquellos que se salieron", denominación que los identificará a lo largo de su historia. Con esto dieron origen al primer quiebre de la *Umma*, perfilándose así los tres sectores que nacieron del cisma islámico: la *Shía*, o partidarios de Ali; los *jawariy*, y aquellos que, siguiendo a Mu'awiyah, conformaron la ortodoxia islámica o *Sunna*, en otras palabras: shiítas, jarichitas y sunnitas.

La aceptación del principio del arbitraje hizo perder a Ali sus prerrogativas de califa. Las sesiones se realizaron en Adrah; los árbitros, absolviendo a Utman, fallaron contra Ali, lo que trajo consigo que las tropas de Mu awiya proclamaran a éste como califa el año 658. Ali, antes de iniciar su campaña contra Mu awiya, consideró necesario reducir en primera instancia a los *jawariy*, aplastándolos en *Nahrawan*, hecho sangriento que contribuyó a su descrédito y afianzó las pretensiones de Mu awiya. Finalmente, Ali fue asesinado en Kufa delante de la mezquita por un *jarichita*, que vengaba la matanza de sus hermanos. Su muerte aseguró el triunfo de la familia Omeya.

EL CALIFATO OME YA

La pugna política interna

La ascensión al poder de Mu'awiyah, fundador de la dinastía Omeya, da inicio a una nueva etapa para la *Umma*. Los historiadores árabes inmediatamente posteriores a la dinastía, designan a este período como monarquía *mulk*, negándose a otorgar a los gobernantes omeyas el título de califas, por haber secularizado el naciente imperio islámico, y señalan la reanudación del califato con el advenimiento abbasí, en 750.

El nexo teocrático que había sustentado y mantenido unida a la *Umma*, durante los primeros califas ortodoxos Abu Bakr y Ornar, había sido destruido después del asesinato de Utman y la guerra civil que siguió a este hecho. Al instaurarse la nueva dinastía (661), se produjo el traslado de la capital imperial de Medina a Damasco, lo que significó la pérdida del poder para la oligarquía mequí y de la importancia política de Medina y La Meca, que sólo conservaron su prestigio religioso, como cuna del Islam y centro de peregrinación de los santos lugares; esto, sumado a la rápida expansión del imperio, al estado de semiautonomía que poseían las nuevas provincias, al descontento de los partidarios de Ali, que postulaban los derechos de él y sus descendientes como legítimos sucesores del profeta Mahoma, y al problema jarichita, presentaba un complejo cuadro lleno de dificultades para la naciente administración Omeya.

El rol de Mu awiya, proclamado califa en Jerusalén en 661, fue fundamental para el asentamiento de la dinastía. Su primera gran labor fue el restablecimiento de la unidad del imperio; para ello inició un proceso de centralización gubernamental, ahora necesario si el nascente imperio había de sobrevivir. Este proceso suponía la adopción de varias medidas.

La primera de ellas fue el traslado de la capital a Damasco, cuya posición central y participación en antiguas tradiciones culturales y administrativas permitirían hacer posible un gobierno que eficientemente dominara las provincias más remotas. Además, Siria ofrecía la posibilidad de sustentar la nueva administración en una población recientemente convertida al Islam y ajena a las luchas intestinas de la península arábiga. Finalmente, Damasco era la base y centro de operaciones de Mu awiya como ex gobernador de la provincia, desde donde iniciara su lucha por el liderazgo de la comunidad de creyentes.

El segundo paso fue asegurar el poder califal, reafirmando la amplitud de sus poderes como guía religioso y político frente a la *Sura* o consejo de notables musulmanes que el arbitraje de Adrah había establecido.

En cuanto a la administración provincial, los califas omeyas supieron rodearse de personeros de cuya lealtad no cabía duda, dando a los gobernadores amplios poderes para ejecutar la política califal. Sin embargo, el nuevo califa se apoyó principalmente en los beduinos, al implementar una *Sura*, organismo consultivo y algunas veces ejecutivo, donde estuvieron representadas las principales tribu árabes, estableciendo un compromiso entre la autoridad y los jefes de tribus y notables. Este sistema fue también impuesto en los gobiernos provinciales, donde se constituyeron consejos locales. Esta política clara vuelta a la fórmula de alianzas tribales prevaleciente en la Arabia preislámica, donde el nexo político se sobreponía al religioso, iba a ser una de las causas que conducirían al cabo de un siglo a la caída de la dinastía. Finalmente, para asegurar la continuidad del poder, Mu'awiyah realizó un profundo cambio que caracteriza el paso de los califas ortodoxos a los omeyas; estableció la institución de la sucesión califal por línea directa, con lo que se aseguraba el mantenimiento del poder en la Casa Omeya.

Mu'awiyah, gran constructor del califato omeya, se destacó por su habilidad y fineza políticas; fue considerado uno de los más grandes califas hasta por la oposición política abbasí y shiíta. Su dinastía dotó al imperio musulmán de un sólido armazón jurídico y administrativo, desarrolló la urbanización y la vida social, fue la iniciadora de la arquitectura musulmana; favoreció la gestación de un movimiento intelectual, sentando las bases para el desarrollo de la futura civilización árabe-islámica clásica, que la época abbasí no hará más que llevar a su apogeo.

En el período omeya, el imperio musulmán consiguió su mayor extensión territorial, abarcando desde los confines de China hasta la península Ibérica.

A la muerte de Mu'awiyah (680) se agudizaron los conflictos internos, fomentados especialmente por el círculo medinense, que reprochaba a los omeyas el abandono de las tradiciones del profeta y su excesivo interés por los asuntos temporales en desmedro de los religiosos. Entronizado el hijo de Mu'awiyah, Yazid (680-683), debió enfrentar una rebelión encabezada por Al-Husayn, hijo de Ali y de Fátima, la hija del profeta, quien reclamaba sus derechos al califato. Al-Husayn rehusó reconocer al nuevo gobernante. Llamado por los shiíes de Kufa, fue proclamado califa; cuando intentó apoderarse de la ciudad, se enfrentó con las tropas dirigidas por Ubayd Allah cerca de Karbala en octubre de 680, perdiendo la vida. Aunque el hecho no tuvo gran trascendencia militar, el drama de Karbala, donde un descendiente del profeta murió luchando contra los "usurpadores", iba a provocar un abismo irreconciliable entre el Islam *shiíta* y *sunnita*. La shía, que comenzó como una facción puramente árabe y política, agrupada en torno a las pretensiones de Ali y sus descendientes al califato, habiendo fracasado después de la batalla de Karbala, buscó la victoria como una secta islámica, adquiriendo la mayoría de sus prosélitos entre los *mawali*, en quienes la idea de una sucesión legítima a partir de la descendencia del profeta, ejercía mayor atractivo que continuar bajo la hegemonía de una dinastía hereditaria cualquiera. El shiísmo llegó a ser esencialmente la expresión religiosa de la

oposición al Estado y al orden establecido, cuya aceptación significaba conformidad con (*sunní*) la doctrina islámica ortodoxa.

Después de la batalla de Karbala, algunos shiítas se plegaron a los omeyas, otros intentaron sucesivas revueltas en Siria y en Irak, hasta ser finalmente aplastados en 685. Respaldo por descontentos pertenecientes a los alíes, a los mawali y a las grandes familias, encabezó más tarde una sublevación en la zona; se formó un pequeño reino que estableció en Kufa, que fue vencido por Ubayd Allah en 687. No volvería a haber rebeliones shiítas hasta el año 740, durante el califato de Hisam.

Importante fue la rebelión que estalló en el Hiyaz, dirigida por Abd Allah Ibn Zubayr, quien no reconoció a Yazid como califa. Este período representa un rebrote de las antiguas rivalidades tribales entre los qaysíes del norte, contrarios a los omeyas, y los kalbíes o yemeníes del sur, partidarios de la dinastía. Las tropas de Yazid vencieron en Medina a Ibn Zubayr, quien se refugió en la ciudad de La Meca. El deceso del califa Yazid ocasionó entonces un período anárquico, ya que su hijo, Mu awiya II, murió a las pocas semanas. Los medinenses proclamaron califa a Ibn Zubayr, apoyado por la tribu de los qaysíes. Por su parte, sus rivales yemeníes eligieron califa a Marwan Ibn al-Hakam, quien finalmente se impuso. Su corto período se caracterizó por constantes luchas, hasta que le sucedió su hijo, Abd al-Malik (685-705), quien logró restablecer la unidad y la paz en el imperio, constituyéndose en uno de los califas más destacados de la dinastía. Con la muerte de Ibn Zubayr, el año 692, desapareció la posibilidad de que las ciudades de La Meca y Medina ejercieran algún rol político importante.

El movimiento *jarichita* constituyó una amenaza permanente para los omeyas. Momentáneamente controlados después de la batalla de Naharawan, los *jarichitas* evolucionaron hacia tendencias políticas anarquistas, que derivaron en la gestación de varios focos de rebelión en diversos puntos del imperio.

Estas revueltas *jarichitas* prosiguieron hasta el final del califato omeya y fueron uno de los factores que contribuyeron a la caída de la dinastía.

Durante el gobierno de Abd al-Malik se inició un proceso de organización y ajuste de las antiguas estructuras de administración persa y bizantina; desde luego se instauró el árabe como lengua oficial de la administración y contaduría. En 696 se acuñaron las primeras monedas en arábigo.

Las revueltas shiítas, jarichitas y qaysíes continuaron poniendo en peligro la seguridad interior del imperio, pero Abd al-Malik, asesorado por el gobernador de Irak, Hayyay, consiguió mantener la estabilidad. Sus sucesores, Walid (705-715), Sulayman (715-717) y Umar Ibn Abd al-Aziz (Umar II, 717-720), gobernaron en un período de paz que fue alterado durante el reinado de Yazid II (720-724). El último gran período de la dinastía omeya fue alcanzado en el gobierno de Hisam Ibn Abd al-Malik (724-744); después de su muerte, el imperio declinó, intensificándose las pugnas tribales y reapareciendo una activa oposición *shiíta* y *jarichita*. El último califa de la dinastía fue Marwan II (744-750), quien, a pesar de su habilidad, no pudo detener los acontecimientos que precipitaron la caída de los omeyas.

La expansión del imperio

El período omeya extendió las fronteras del imperio árabe-musulmán a su máxima amplitud, enmarcando lo que sería el mundo musulmán clásico, donde se desarrollaría su civilización. Aunque en el transcurso de los siglos venideros el imperio iba a ganar nuevos territorios, ya no volvería a alcanzar jamás dicha superficie.

En la frontera de la provincia de Siria con Asia menor, los árabes enfrentaban al imperio bizantino. Los montes Taurus como frontera natural y el carácter no arábigo de la población de Anatolia dificultaron la conquista de la región; la ocupación no llegó más allá del Taurus y de algunas regiones de Armenia, limitándose los árabes a frecuentes incursiones. Cabe destacar la ofensiva organizada por Mu awiya, que en una acción combinada marítimo-terrestre trató de

conquistaron Constantinopla (673-677). La capital bizantina fue nuevamente asediada por los árabes en 717-718, sin éxito. Desde que Mu awiya organizó una flota de guerra, habría una serie de combates por la hegemonía del Mediterráneo, manteniéndose una situación de equilibrio.

Hacia el este, la conquista de Irán se iba completando. La provincia de Jurasán había de servir de base para las sucesivas incursiones a Transoxiana. Afganistán fue ocupado en 699-700. Más tarde, Qutayba Ibn Muslim, gobernador de Jurasán, se apoderaría del Tojaristán (705), de la Sogdiana (706-709), del Jawarezm (710-712), de Samarcanda y la Fergana (713-714), convirtiéndose las ciudades de Bujara y Samarcanda en importantes centros islámicos en Asia central. Hacia el sur, las conquistas prosiguieron con la conducción del yerno de al-Hayyay, Muhammad Ibn al-Qasim, quien conquistó entre los años 710-712 el Beluchistán y el Sind hasta el Indo. Posteriormente, en 713, después de sucesivas incursiones, fue ocupado el centro budista de Multan, que se convertiría por un breve período en el lugar más avanzado del Islam en la India. Una vez alcanzado Syr Darza (antiguo Yaxartes), se inició la penetración árabe en China, que la batalla de Talas frenaría definitivamente en 751.

La expansión del imperio por el norte de África hacia la marca occidental, se reinició con los omeyas. Entre los años 660 y 663 se realizaron varias expediciones. Sin embargo, la decisiva se produjo con Uqba Ibn Nafi en 670, quien fundó un campamento militar en Qayrawan (Kairuán), que sirvió de base para la conquista del África septentrional o provincia de Ifriqiya, y para proteger las comunicaciones con Egipto. La población beréber que ocupaba la región, ofrecía una permanente resistencia, destacándose la revuelta dirigida por Kusayla, que en el año 683 infligió una derrota a los árabes en Biskora, donde falleció Uqba, provocando con esto la evacuación de Ifriqiya.

Finalmente, después de un intento fallido en 695, en 698 los árabes tomaron Cartago, asegurándose la hegemonía en el norte de África.

Musa Ibn Nusayr, gobernador de Ifriqiya, extendió el dominio árabe hasta el Atlántico entre los años 705-708. En julio de 710 se realizó la primera expedición contra España, hasta que en abril de 711, Tariq Ibn Ziyad dio inicio a la conquista de la península Ibérica, desembarcando en el lugar llamado desde entonces Iyabal Tariq (Gibraltar) y derrotando sin dificultad al rey visigodo Rodrigo. Las ciudades de Córdoba y Toledo caerían en manos árabes en octubre y noviembre de 711. Prácticamente la totalidad de España cayó en manos moriscas en los cinco años siguientes.

Organización del califato

A comienzos del siglo VIII, los omeyas dividieron el imperio en nueve provincias, reordenadas posteriormente en cinco agrupaciones gubernamentales, sin considerar la capital imperial, Damasco, de la que dependían directamente Palestina y Siria: 1) Irak, Irán, Arabia oriental (capital: Kufa); 2) Hiyaz, Yemen, Arabia central (Medina); 3) Yezire, Alta Mesopotamia, Armenia, Asia menor oriental (Mosul); 4) Egipto (Fustat), y 5) Ifriqiya, España (Qayrawan). Cada uno de estos gobiernos estaba dirigido por un *amir* o gobernador, que gozaba de gran autonomía. Tenía a su cargo la administración civil y militar. Fue el encargado de la recaudación de impuestos, hasta que se creó un cuerpo recaudador independiente, de manejo centralizado. El encargado de cada provincia recibía el nombre de *amil* o *sahib al-jaaray*. Los gobernadores, designados directamente por el califa, actuaban como soberanos locales y contaban con toda una infraestructura similar a la de la corte califal. Nombraban a las autoridades regionales, tanto en el ámbito administrativo como en el judicial. En relación a este último, fue durante la dinastía omeya que se creó un cuerpo colegiado de eruditos versados en la *shari'a*, ley divinamente revelada, cuyas fuentes eran en aquella época el *Alcorán* y la *Sunna*. Estos estudiosos de la ley o *ulema* ejercían el cargo de *qadi* o jueces locales. De la práctica de

la jurisprudencia, los *qadis* desarrollaron la ciencia jurídica que a posteriori generaría las cuatro escuelas ortodoxas interpretativas de la ley islámica: *Malikí, Hanifí, Safií y Hambalí*.

El sistema financiero del califato quedó finalmente estructurado durante el gobierno de Hisam: con impuestos (*jaray*) que, ligados a los bienes y no a sus propietarios, gravaban la tierra (*Ushr*) sólo con el diezmo; pero obligando a los *dimmi* a pagar una capitación (*yizyá*). Mediante este sistema se intentó solucionar uno de los grandes problemas del mundo islámico desde un principio: el de la propiedad y, en consecuencia, el financiero, debido a que la economía tenía su base en la agricultura.

La época omeya fue el período donde se gestaron y desarrollaron las grandes ciudades del imperio islámico. El origen de éstas debe buscarse en los primeros campamentos instalados en el momento de la expansión, tales como Al-Fustat, Kufa, Basra, Qayrawan y tantos otros. Con el aumento de la población y crecimiento de las ciudades nacieron los suburbios y se desarrollaron las actividades comerciales. Los árabes, que desempeñaban fundamentalmente cargos administrativos y de gobierno, constituían un sector de la población urbana; el segundo elemento de la población lo constituían los *mawali*, o recién convertidos al Islam, y los *dimmi*, o protegidos, que cumplían cargos de segunda importancia en la burocracia estatal, se dedicaban al comercio o desempeñaban algún oficio.

Actividad cultural

El imperio omeya extendió la supremacía árabe-musulmana desde el Atlántico hasta el Turquestán, manteniendo un carácter árabe en el gobierno y continuando las tradiciones literarias de la Arabia preislámica. La población de origen arábigo que poblaba el cercano Oriente desde el origen de las civilizaciones, se reencontró con los árabes; por ello, y por su calidad de lengua religiosa y administrativa, es que el árabe se convirtió rápidamente en la lengua común. Este reencuentro fue el impulso que hizo germinar una gran civilización árabe-islámica, fundiendo elementos de otras culturas (Bizancio, Persia) con rasgos culturales puramente arábigos. En suma, la última gran oleada humana desde la península arábica, hacia todo el cercano Oriente, había de producir un reencuentro de todo este mundo con lo arábigo ancestral, despertando su conciencia de unidad y sus fuerzas creativas.

Con los omeyas se iniciaron grandes creaciones en el campo de la arquitectura. Impregnados de sus tradiciones árabes, los califas construyeron imponentes residencias en el límite del desierto sirio. Son especialmente conocidas las de Msatta, Qasr al Jayr al Garbi, al Sarqi, Jirbat al Mafjar Qusayr Amra, Qastal, y otros. También nacieron en este período las primeras construcciones religiosas del Islam: las mezquitas de Medina y La Meca; la mezquita Al Aqsa de Jerusalén y La Cúpula de la Roca (Qubbat al-Sajra), erigidas en tiempos de Abd al-Malik, y la gran mezquita de Damasco, que levantó Walid I en el año 750, reemplazando a la antigua basílica de San Juan Bautista. No menos destacable es la primitiva mezquita de Qairawan, que ya no existe, así como las de los *amsar* de Irak.

Los principales centros de actividad intelectual fueron Siria e Irak. Apareció una prosa literaria escrita por los *kuttab*, hombres cultivados, secretarios de los califas y de las grandes personalidades. Se iniciaron los primeros estudios en torno a la tradición y el *Alcorán*. Por otra parte, en Medina se desarrolló la ciencia religiosa. Los califas omeyas se preocuparon por la vida espiritual y la literatura de su tiempo. En las letras, la tradición árabe contaba con una riquísima herencia que, unida a la aportación islámica, llevaría a grandes creaciones. La poesía beduina fue enriquecida con nuevos temas: descripciones de la vida en las ciudades, elogios a los príncipes, luchas de partidos. Siguió desarrollándose la poesía amorosa, también de herencia beduina, como el poema que la leyenda atribuye al "Loco por Laila". Los tres poetas más destacados en la época omeya son Al-ajjal, Yarir y Farazdaq.

EL CALIFATO ABBASSI

Génesis y desarrollo

La ascensión de la dinastía abasí al poder tras la caída de los omeyas no fue sólo una sustitución dinástica, sino una revolución que implicó profundos cambios en las estructuras del imperio.

El estilo sirio-bizantino de los califas omeyas fue sustituido por el estilo mesopotámico persa de los abasíes. Surgió una nueva concepción del mundo islámico, encarnada por los califas de Bagdad y sus visires, su corte y su autocracia. La vida económica recibió un gran impulso, la aristocracia beduina de los conquistadores fue reemplazada por un gobierno cosmopolita, sustentado en los mercaderes, los negociantes y los administradores, quienes acrecentaron las fortunas personales y la del Estado. Este cambio respondió a la necesidad de una economía de paz agrícola y comercial.

El Islam extendía sus dominios desde el Atlántico hasta Asia central, pese a la constitución de un emirato independiente del poder central en España y a que en el siglo X los fatimíes controlaron el norte de África. La hegemonía política musulmana estuvo acompañada de una dominación económica que generó graves desequilibrios sociales en el imperio. Éstos dieron lugar a disturbios y revueltas cuyas principales reivindicaciones, aparentemente motivadas por causas de tipo religioso, tuvieron con frecuencia un marcado carácter social, especialmente en el ámbito campesino, como manifestación de oposición contra el dominio de ciudadanos y burgueses.

Las ciudades tuvieron un gran desarrollo tanto en el plano económico como en el cultural. Las letras y las ciencias adquirieron un gran impulso al ser propiciadas por los califas, sabios, poetas, músicos, teólogos y filósofos reunidos en torno a las grandes escuelas, *madrasa*, del pensamiento islámico, que crearon una efervescencia intelectual, de donde surgieron un sinnúmero de ideas, sectas, movimientos y polémicas.

Esta atmósfera creativa no sólo influyó en las formas de vida y en la mentalidad de época, sino que también se extendió a la vida política. Es así como surgieron distintas corrientes ideológicas interpretativas del Islam y con ello diversas líneas de acción que condujeron a la división del imperio musulmán en tres califatos (Fatimí, Omeya de Córdoba, y Abbassí), incluso en el propio seno del califato abbassí se manifestaron tendencias hacia una desmembración del poder central en beneficio de jefes locales más o menos importantes. Tal situación obligó a los califas abbassíes, para hacer frente a estas tendencias separatistas, a recurrir a fuerzas exteriores (Turcos), que paulatinamente fueron adquiriendo un papel preponderante no sólo en el ejército, sino también en el gobierno, lo que finalmente llevó a la desmembración del califato y a la destronización de la dinastía abbassí. Esta situación afectó no sólo a Bagdad, sino también a los omeyas en España y a los fatimíes en Egipto. A partir del siglo XIII, la conducción del mundo musulmán pasó de las manos árabes a las de los no árabes, a nuevos conversos llenos de un entusiasmo comparable al de los primeros discípulos del profeta Mahoma.

La Ascensión de los Abbassíes al poder y los primeros califas

El inicio de la insurrección abbassí lo encontramos en un movimiento impulsado por el partido *hashimiya* que estaba formado por adeptos de *Mujtar* y de *Muhammad ibn al Hanafiya*, nieto de Ali, escapados a la derrota infligida por *Ubayd Allah* en el año 687. Los sobrevivientes se habían agrupado en torno al hijo de *Al Hanifa*, *Abu Hashim*. Cuando éste murió, sin descendencia, reconocieron por heredero suyo no a un Ali, si no a *Muhammad Ibn Ali*, un descendiente de *Al Abbas*, que fue aceptado por la secta y obtuvo la dirección de su organización propagandística y revolucionaria. El principal centro de actividad estuvo en *Jorasán*, donde numerosos shiítas y abbassíes habían sido exiliados anteriormente por Al-

Hayyay, allí encontró apoyo por parte de los *mawali* locales, descontentos de su situación social y económica.

La actividad *hashimí* comenzó hacia el año 720, pero no adquirió real fuerza hasta el año 743, cuando el hijo de Muhammad Ibn Alí, Ibrahim, nombra al *mawali* persa Abu Muslim como encargado de la acción subversiva en Irán. Abu Muslim consiguió considerable éxito entre la población persa, incluyendo hasta la aristocracia rural y ganó también la simpatía del movimiento shiíta, el cual aceptó la dirección de éste. El año 746 comenzó el levantamiento hashimí y las banderas negras de los abasíes fueron izadas en Jorasán. El conflicto entre las tribus árabes impidió a la dinastía omeya detener el movimiento abasí, y los ejércitos de Abu Muslim avanzaron hacia el este, obteniendo victoria tras victoria, hasta que finalmente derrotaron al ejército omeya en las riberas del gran Zab. Fue así como el abasí Abu Al-Abbas, hermano de Ibrahim, asumió el liderazgo de la Umma como califa y fundador de una nueva dinastía, con el nombre de Saffah.

El califato de Abu Al-Abbas (750-754) se distinguió esencialmente por la persecución a los omeyas y la distribución de las provincias a sus parientes. Estableció su capital en la pequeña población de Hasimyya, que se edificó en la orilla oriental del Eufrates. Más tarde trasladó la capital a Anbar. Le sucedió su hermano Abu Ya'far Al-Mansur ("el victorioso") (754-775). Verdadero fundador de la dinastía, dotado de una muy alta opinión de su rol, quiso ser soberano sin discusión, y para ello persiguió a los shiítas, quienes, apartados del califato, provocaron revueltas en dos ocasiones (755 y, sobre todo, 762-763), aunque sin éxito. En cuanto a Abu Muslim, a quien los abasíes debían su advenimiento, fue asesinado en 755; representaba un peligro y un adversario para el califa, pues había conseguido reunir en torno a sí un grupo de fieles. Por otra parte, éstos, después de su muerte, fundaron una secta (Abu Muslimiya) que tuvo cierta resonancia en el Jorasán.

Por su parte los jarichitas, que vieron frustradas sus reivindicaciones, provocaron algunas revueltas en Omán y posteriormente desplazaron toda su actividad política al norte de África, usando como centro de operaciones la ciudad de Trípoli, que capturaron el 757. Los jarichitas se apoderaron de Qairawan al año siguiente y lograron constituir un Estado que comprendía Argelia oriental, Túnez y Tripolitana. Sin embargo, a pesar de las sucesivas insurrecciones provocadas por éstos, fueron finalmente reducidos en 770-771 y la provincia de Ifriqiya permaneció a partir de entonces bajo el dominio del califato.

Las disidencias de Abu Muslim, de los shiítas y jarichitas, obedecieron a que la revolución abasí, como la mayoría de estos movimientos, fue una coalición de diferentes intereses, mantenidos juntos por el deseo común de derribar a la dinastía omeya, pero condenado a disgregarse en grupos en pugna, una vez lograda la victoria.

Al-Mansur tuvo el mérito de organizar la administración del Estado, que situó bajo la dirección de los visires de la familia de los Barmakies, pero sobre todo fue el fundador de la ciudad de Bagdad, exactamente de *Madinat As-salam*, la ciudad de la paz. Al-Mansur escogió el sitio por buenas razones prácticas. Estableció la ciudad cerca de un canal navegable que liga el Tigris y el Eufrates y que ocupó una posición clave en las rutas comerciales que se cruzan en todas direcciones y sobre el camino a la India. Existe un relato del geógrafo Ya'qubi que revela los pensamientos del califa al elegir el lugar:

"Esta isla entre el Tigris al este y el Eufrates al oeste es un lugar para un mercado mundial. Todos los barcos que ascienden por el Tigris procedentes de Wasit, Basra, Ubullá, Ahwaz, Fars, Uman, Yamama, Bahrayn y más allá, recorrerán sus aguas y anclarán aquí. Mercancías traídas en barcos sobre el Tigris procedentes de Mosul, Diyar-Rabia, Adarbayyan y Armenia, y a lo largo del Eufrates, oriundas de Diyar-Mudar, Raqqa, Siria y los pantanos colindantes, Egipto y África del norte, serán transportadas y descargadas aquí. Será la ruta para las poblaciones de Yabal, Isfahan y los distritos de Jorasán. Dios sea loado, que la preservó para mí e hizo que la menospreciaran todos los que vinieron antes que yo. En nombre de Dios, la edificaré. Entonces viviré en ella mientras viva y mis descendientes morarán en ella después de

mí. Será seguramente la ciudad más floreciente en el mundo."

La ciudad de Bagdad ha sido también llamada *Madinat Al-Mudawwar*, ya que la parte esencial de la ciudad estaba constituida por un círculo de cuatro kilómetros de diámetro, que formaba una especie de ciudadela, en cuyo centro se erigía el palacio del califa y a su alrededor fueron construidos otros palacios, mezquitas, edificios oficiales, viviendas para los funcionarios y los cuarteles para la guardia jorasaní de los califas. Dos grandes ejes, que se cortaban en el centro en ángulo recto, conducían a las cuatro puertas construidas en las murallas de la ciudad. En el exterior se desarrolló rápidamente una gran metrópoli comercial.

Bagdad fue la capital del imperio por quinientos años, constituyéndose en el centro de la vida política, económica, social y cultural. Una descripción de la ciudad y su refinamiento se encuentra en las crónicas de los viajes del geógrafo árabe del siglo XIV Ibn Battuta:

"Bagdad tiene dos puentes de barcas, amarradas de la manera que ya hemos relatado al hablar del puente de la ciudad de Al-Hilla; la gente, lo mismo hombres que mujeres, los cruzan día y noche, muchas veces por el simple placer de pasear. Hay en Bagdad once mezquitas en las que se recita la *jutba* y se reza la oración del viernes: ocho en el lado de poniente y tres en la parte de levante; hay otras muchas mezquitas y madrasas, pero están todas en ruinas. Hay también muchos baños de los más maravillosos que he visto, casi todos embadurnados de alquitrán hasta la azotea, así que al que los mira le parecen de mármol negro. Este alquitrán se saca de una fuente que hay entre Kufa y Basora, de la que se le hace manar continuamente. En los bordes del manantial se hace como arcilla, se traspalea y acarrea para Bagdad.

"En cada uno de estos baños hay muchas celdas con el suelo y la mitad inferior de las paredes untados de alquitrán, mientras la mitad de arriba está recubierta de yeso puro, blanco; de este modo, los dos contrarios se juntan y sus bellezas se encuentran frente a frente. Dentro de cada una de estas celdas hay un pilón de mármol con dos canalillos, por uno de los cuales corre agua caliente y por el otro agua fría. En la celda no entra más que una sola persona, sin que nadie la acompañe, a menos que lo quiera así; en un rincón hay otra pileta para lavarse, que tiene también dos canalillos de agua caliente y fría. A todo el que entra, se le dan tres toallas: una para ceñírsela al cuerpo cuando entra, otra para hacer lo mismo cuando sale de la celda y otra para secarse el cuerpo; no he visto semejante esmero en ninguna otra ciudad, más que en Bagdad y en algunos países que se le parecen en esto."

El cambio de sede de la capital imperial significó el traslado del centro de gravedad desde Siria a Irak, el centro tradicional de los grandes imperios cosmopolitas del Oriente Cercano y Medio, en el que las antiguas influencias orientales, y especialmente persas, desempeñaron un rol cada vez mayor.

A la muerte de Al-Mansur accedió su hijo Al-Mahdi (775-785), cuyo gobierno se caracterizó por las acciones represivas contra las sectas heterodoxas y la condena a muerte de sus adeptos, a los que da el nombre genérico de *zindiq* (opositores a la fe revelada). Se destacan las ejecuciones de Ibn Al-Muqaffa, acusado de maniqueísmo, e Ibn Abi Al-Awya, acusado de negar la ley. Después de una temporal amnistía sin resultados, se acrecentó la persecución con la creación de un organismo especial para ello. Sin embargo, en el año 778 Al-Muqqanna, "el profeta velado", discípulo de Abu Muslim, dirigió en el Jorasán una gran rebelión que se extendió a Bujara y Samarcanda y solamente dos años después logró ser sofocada.

Al-Hadi murió asesinado en el año 786 y asumió el poder el célebre Harun Al-Rasid (786-809), cuyo nombre significa "el que sigue el camino recto". Es el califa más conocido de la dinastía; incluso la leyenda se ha ocupado de él, pues aparece en numerosos cuentos árabes. Por ejemplo, en los cuentos de *Las mil y una noches*. Vemos a Harun con su visir Jaffar —frecuentemente disfrazados— caminar entre sus súbditos para conocer sus necesidades, hacer justicia, castigar a los jueces venales y ayudar a desgraciados y oprimidos.

El fiel Jaffar era el firme apoyo y confidente de Harun. En "Las mil y una noches" es el compañero inseparable de las más locas aventuras del califa. Entre aquellas leyendas se halla la siguiente: "Una tarde, Harun llamó a su visir y le dijo: 'Es mi voluntad ir por la ciudad e

interrogar a la gente sobre quienes les gobiernan. Aquellos de los que oiga alguna queja, serán destituidos, y quienes sean alabados serán recompensados'. Jaffar respondió: 'Tu voluntad es ley'.

"En compañía de su visir y de su verdugo, el califa se dirigió a la ciudad y recorrió sus calles y plazas. En una miserable calleja había un viejo pescador que recitaba en voz alta unos versos quejándose de su triste sino. Al preguntarle por qué estaba afligido, el hombre respondió: '¡Oh, señor! Soy un pobre pescador cargado de familia que he trabajado desde el mediodía hasta ahora, pero Alá no me ha concedido con qué pueda alimentar a los míos'. '¿Quieres volver con nosotros a la orilla del río —dijo el califa— y echar en mi nombre tus redes en el Tigris? Cualquier cosa que recojas te la compraré por cien monedas de oro'. Contentísimo, el hombre exclamó: '¡Por mi vida, os acompaño!' Los siguió, pues, hasta las orillas del río y arrojó inmediatamente su red. Sacó en ella un pesado cofre sellado que el califa mandó abrir: contenía una mujer joven, 'blanca como una moneda de plata, pero muerta y cortada en diecinueve trozos'. '¡Qué horror! —gimió el califa y volviéndose a Jaffar, exclamó—: ¡Oh, perro visir, ¿es posible que en mi imperio sea asesinada la gente y arrojada al río, y que en el día del juicio tenga yo que responder de estos hechos? ¡Por Alá! que esta mujer será vengada y su asesino perecerá con la muerte más cruel!' Y añadió: 'Te colgaré en la poterna del palacio, a ti y a cuarenta miembros de tu familia, si no me traes al asesino de esta mujer, para que pueda darle castigo'.

"Jaffar pidió tres días de plazo para cumplir tal misión y Harun se los concedió. Pero pasaron los tres días sin que Jaffar hubiese podido descubrir al culpable y las horcas destinadas al visir y a sus parientes estaban a punto. Gente de todas partes acudía para presenciar el suplicio. Pero cuando todos observaban al califa que iba a dar la señal fatal, un joven salido de la multitud se adelantó hacia el visir y le habló así: '¡Oh, refugio de los pobres, tu rectitud te salvará! Yo soy quien mató a la mujer encontrada en el cofre. Que me ahorquen a mí y que la justicia siga su curso'.

"El joven contó luego al califa lo que sigue: 'Jefe de los creyentes, sabed que esta mujer era mi esposa y la madre de mis hijos. Ella me amaba y me servía con abnegación. Pero un día en que estaba enferma y deseaba con ansia comer manzanas, fruto rarísimo en Bagdad, pude conseguirle tres. Hacia el mediodía, cuando me hallaba en mi tienda sirviendo a los clientes, pasó un esclavo negro, alto y feo. ¿Y qué vi entonces? Se entretenía con una de las manzanas echándola a lo alto con las manos. Le dije: 'Amigo esclavo, dime, ¿de dónde has sacado esta hermosa manzana?' Y me respondió sonriendo: 'Me la ha dado mi amante. Cuando la visité enferma en cama, tenía tres manzanas. Ella me dijo: 'Mi cornudo marido se ha tomado mucho trabajo para traérmelas'. He comido y bebido con ella y me he llevado una de las tres manzanas'. 'Cuando oí esto, ¡oh, jefe de los creyentes!, creí perder mi cabeza. Cerré la tienda y me dirigí furioso a casa. Busqué las manzanas con la vista y al no ver más que dos, pregunté a mi esposa: '¿Dónde está la tercera manzana?' Levantó la *cabeza* con negligencia y me respondió que no lo sabía. Para mí fue la prueba de que el esclavo dijo la verdad: cogí un cuchillo, me coloqué tras ella y sin decir palabra le corté la cabeza. Después, la hice pedazos, la coloqué en un cofre y lo eché al Tigris. Pero al volver a casa encontré llorando al mayor de mis hijos. '¿Por qué lloras, hijo mío?' Y me respondió: 'He cogido una de las tres manzanas que mi madre tenía y me la llevé a la calle para jugar con mis hermanos. Vino entonces un vil esclavo negro que me preguntó de dónde la había sacado, me cogió la manzana de las manos y se la llevó. Temiendo que mamá me azotara por haberle robado la fruta, salí de la ciudad con mi hermano y he permanecido fuera hasta al anoecer'. Cuando escuché el relato de mi hijo comprendí que el esclavo había mentido y calumniado a mi mujer de modo abominable. Desde hace cinco días que no ceso de gemir anonadado. Por tanto, os conjuro por el honor de vuestros antepasados que me ejecutéis en el acto y hagáis justicia, pues no quiero sobrevivir a mi querida mujer'.

"El califa exclamó: '¡Por Alá, que este hombre merece perdón! Hay que buscar a ese maldito

esclavo'. Y volviéndose a Jaffar le dijo: 'Descubre a ese miserable, causa de tanto mal. Si no le encuentras, a los tres días morirás'. Jaffar lloraba y se lamentaba: 'Dos veces me has amenazado ya con la muerte; tanto va el cántaro a la fuente...'

'A la mañana del cuarto día; Jaffar se preparó para morir: hizo testamento y se despidió de su familia. Al estrechar a la más joven de sus hijas en el último adiós, percibió algo bajo su vestido y le preguntó: '¿Hijita, qué es esto?' 'Padre —dijo la niña—, es una manzana que me ha dado hace cuatro días nuestro esclavo Rayhan'. Interrogado éste inmediatamente, no tardó en confesar que la había robado a un niño que jugaba en una callejuela. Jaffar sintió gran pesadumbre al saber que el culpable era su propio esclavo. Pero tenía ordenado conducir al culpable ante el califa y lo cumplió así. Al saberlo, Harun se sorprendió tanto que fue presa de un ataque de risa. La historia le pareció tan extraordinaria que dijo que debía ser escrita en letras de oro, y para agradecerle por haberlo hecho reír, concedió el perdón al esclavo."

El califa ganó gran reputación en Occidente debido a sus relaciones con la emperatriz de Bizancio, Irene, y con Carlomagno. Bajo su gobierno se inició el desmembramiento del imperio al conceder a los aglabíes, gobernadores de Ifriqiya, una autonomía muy próxima a la independencia a partir del año 799. El norte de África escapó al control de Bagdad, pues el Magrib central se hallaba en manos de los jarichitas rustemíes, y Marruecos en las de los idrisíes alíes. Mientras tanto, en España se había constituido el emirato independiente. Sin embargo, el imperio abasí se extendía aún desde Egipto hasta la Transoxiana y constituía la mayor potencia política y económica de la época.

El año 803, Harun Al-Rasid pone término a la dinastía de visires fundada por Jalid Al-Barmaki, debido al exceso de poder que había adquirido esta familia en la administración civil del imperio. Los visires barmakíes fueron acusados de haber participado en las intrigas para llevar a los shiítas al poder. En el año 809 murió Harun en una expedición al Jorasán, contra un levantamiento de la población turca e irania de la provincia. Su muerte dio lugar a una guerra fratricida por la sucesión, de la que salió victorioso Al-Ma'mun (813-833).

Al-Ma'mun fue un gobernante inteligente, bajo cuyo califato la civilización árabe conoció su momento de esplendor; con el deseo de acallar a la oposición de los alíes, designó como su sucesor en 847 a Ali Al-Rida, imán de los shiítas duodecimanos. Este hecho político no significó una unión con la Shía, sino más bien un hábil intento de pacificación del imperio, en el entendido de que Ali Al-Rida gozaba de prestigio y contaba con la adhesión de sus seguidores. Sin embargo, esta decisión provocó una serie de protestas, principalmente de los sectores más ortodoxos de Bagdad, donde una sublevación llevó al nombramiento de otro califa: Ibrahim Ibn Al-Mahdi. La muerte de Ali Al-Rida y del visir pro shiíta de Al-Ma'mun llevó consigo el abandono de esta política de acercamiento entre la Sunna y la Shía que había propiciado el califa.

Bagdad era entonces un gran centro cultural. Al-Ma'mun, hombre culto y visionario, se interesaba por las obras griegas entonces traducidas por los cristianos: ciencias, medicina y filosofía. Aristóteles era objeto de numerosos estudios, y así se introdujo entre los intelectuales árabes el método de razonamiento lógico implementado por los griegos; este método fue especialmente aplicado por la escuela Mutazilí, aparecida a finales de la época omeya; conoció su verdadero desarrollo durante la época de Al-Ma'mun. Varios de los teólogos, juristas y pensadores de la escuela pertenecían a la clase de los mawali, lo que explicaría la existencia de reivindicaciones sociales en la temática de su doctrina. Ésta apelaba a la razón individual, al libre arbitrio, sólo compatible con la justicia divina. Por otra parte, los mutazilíes consideraban al *Alcorán* como creado, no como eterno; esta última postura en relación al texto sagrado suscitó vivas controversias en la capital del imperio. El califa, que había tomado partido en favor de los mutazilíes, intentó imponer oficialmente su doctrina, mediante la fuerza si era necesario.

Mientras tanto, al este del imperio, un general de Al-Ma'mun, Tahir, se proclamó independiente en el Jorasán, e hizo rezar la *jutba* (oración que se hacía a favor del califa) en su propio nombre; en Egipto estallaban una serie de conflictos; en Azer Bayjan, un movimiento de resistencia con carácter social, dirigido por Babak, alcanzaba su plenitud entre 826-834. Al-

Ma'mun falleció en Tarso en el momento que se preparaba a reiniciar las campañas bélicas contra los bizantinos.

Con su sucesor, Al-Mu'tasin (833-847), se precipitaron una serie de acontecimientos y hechos erróneos, productos de su mal manejo de la política, que transformaron la estructura del califato. El primero de ellos lo constituyó la contratación de mercenarios bereberes y principalmente turcos, como guardia personal del califa. Esta guardia totalmente leal al califa — al menos en principio— iba a desempeñar un rol cada vez más determinante en la gestión gubernamental, y prácticamente sus jefes serían en algunos períodos los dueños del poder.

El otro factor fue el abandono de Bagdad por el califa; éste no tenía *apoyo* allí, la población era difícil de gobernar, especialmente por su rechazo al mutazilismo; así, Al-Mu'tasil decidió en 835 trasladarse a Samarra, ubicada a 95 kilómetros al norte de Bagdad, donde estaba bajo la protección directa de la guardia. Ésta se beneficiaba de los favores del califa; con el descontento de los árabes y persas que retiraron su apoyo a la dinastía, los califas abasíes a partir de entonces estuvieron ligados a su guardia, principalmente a los turcos.

En estas circunstancias, el califa Al-Mutawakkil (847-861) asumió el poder apoyado por dos jefes turcos, uno de los cuales fue asesinado. El mismo Al-Mutawakkil fue más tarde asesinado por la guardia turca. Durante su gobierno se produjo una reacción sunnita; la filosofía, teología dogmática, *kalam*, y el mutazilismo fueron condenados y prohibidos; el califa luchó también contra el shiísmo, llegando incluso a destruir los santuarios religiosos venerados por éstos, como el sepulcro de Husayn en Karbala. Al-Mutawakkil fue el último califa abasí preocupado del gobierno; después de él sobrevino un período de desmembración del califato, del que se derivaron, por una parte, el califato Fatimí de Egipto y, por otra, la preponderancia de los turcos selyúcidas, sobre los territorios disminuidos abasíes.

Administración, economía y sociedad en el imperio abasí

"El imánato se fundó para sustituir a la profecía en la defensa de la fe y en la administración del mundo."

Al Mawardi

El califa abasí era el imán, líder espiritual y temporal, soberano absoluto de la comunidad de creyentes, mandato que estaba regulado por la ley islámica o *shari'a*, cuyas fuentes la constituyen el Alcorán y la tradición del profeta, *Sunna*, en primera instancia, más el *iyama* (consenso de los doctos), el *qiyas* (aplicación del derecho por analogía) y el *ra'i* (aplicación del método racionalista lógico). El cambio de dinastía completó el proceso de estructuración del Estado, que ya había comenzado con los omeyas, de un jefe de la comunidad y rey árabe, cuyo poder descansaba en el consenso o *iyama* de la *Sura* (consejo consultivo), el califa se transformó en un autócrata que pretendía un origen divino para su autoridad. Ya no era vicario del profeta, sino "la sombra de Dios sobre la Tierra". Sustentó su poder en el ejército y lo ejerció mediante una burocracia asalariada, la aristocracia árabe fue sustituida por una jerarquía oficial. Rodeábase de una pompa y ceremonial de corte complicado y jerárquico, en la que podemos percibir una clara influencia de las costumbres cortesanas, sasánidas y bizantinas. Entre los califas surgió la idea de que estaban por encima de los mortales, aislándose de sus súbditos; vivían encerrados en sus palacios, rodeados de su guardia personal, sólo eran vistos el día que se trasladaban con gran pompa a la mezquita para la oración del viernes, pero poco a poco fueron abandonando incluso esta ceremonia y tan sólo podían acercarse a ellos sus familiares; en consecuencia, la población se hizo indiferente ante ellos, lo que nunca había ocurrido con los omeyas.

Una de las mayores preocupaciones de los califas era su sucesión. Se impuso un principio de herencia en el seno de la familia abasí y se esforzaron en regular este principio mediante una designación testamentaria; sin embargo, el reconocimiento del legítimo heredero provocó

frecuentes disturbios; algunos califas llegaron a pensar incluso en la posibilidad de dividir su imperio entre sus herederos; la sabiduría o la fuerza hicieron siempre fracasar esta posición. Antes de tomar posesión del poder, el califa era proclamado como tal por los sabios y notables de la corte y posteriormente aclamado por el pueblo. Estas disposiciones se transformaron en puramente formales y simbólicas. El califa detentaba las insignias del califato, el manto, el bastón, el sello del profeta y, más tarde, la lanza.

Soberano espiritual y temporal, podía nombrar y revocar en sus funciones a los agentes del gobierno. Toda autoridad detentada por éstos, lo era en función de una delegación de autoridad califal. El califato abasí fue de hecho un despotismo basado en la fuerza militar. La misión califal se asemejaba al concepto de las monarquías orientales preislámicas, más que a la próxima Bizancio, situación que se denotó plenamente a partir del siglo IX.

El califa manifestaba públicamente su misión presidiendo, como sus predecesores la oración del viernes en la mezquita, impartiendo de tiempo en tiempo espectacularmente justicia, organizando expediciones de magnificencia contra el infiel, cada vez más esporádicas. La administración del imperio estaba organizada en una serie de *diwans* o ministerios, entre los que figuraban los de la cancillería, ejército, correos e información, hacienda, guarda sellos y otras oficinas de carácter menor, a nivel de secretarías de gobierno, todos los cuales estaban bajo el mando supremo del wazir, cargo que fue innovación abasí. El *wazir* era el jefe de todo el aparato administrativo, y como autoridad suprema, bajo el califa ejerció un inmenso poder.

La instauración de un *wazir* estaba de acuerdo con la modalidad de gobierno implantada por los califas abasíes, quienes descargaron en este funcionario toda la responsabilidad de la administración civil del imperio. Hombre de confianza del califa, detentaba los poderes civiles y a veces también los militares; como estaba situado a la cabeza de la jerarquía, usaba y abusaba de sus poderes según la formalidad más o menos firme del califa. Las oficinas de la administración, aparato muy perfeccionado, estaban agrupadas en Bagdad; pero la excesiva centralización perjudicó al imperio y favoreció las tendencias locales de autonomía. En las provincias, la autoridad era conjuntamente ejercida por el *anu* o gobernante y el *'amil* o superintendente financiero; el ministerio de información y correo hacía de nexo entre la capital imperial Bagdad y las provincias; en éstas, la administración no sufrió gran variación en relación al período omeya.

Los ejecutores de las políticas gubernamentales eran un vasto número de funcionarios o *kuttab*, una burocracia de gran calidad profesional que le dio a la administración un valor y una estabilidad ejemplares. Existía una digna tradición en la burocracia de una moralidad intachable, que fue capaz de soportar todo el peso que significaba el gobierno de un extenso y magnífico imperio como el abasí.

En el ejército, perdió su importancia la milicia árabe, y las pensiones a éstos fueron gradualmente suprimidas. Ya no era un ejército de conquistadores, sino que un instrumento destinado a facilitar la aplicación de una política dentro de los límites del imperio, especialmente en las provincias orientales. Al comienzo de la dinastía, el reclutamiento se efectuaba entre los jurasanos, árabes e iraníes que habían apoyado a los abasíes. Pero a partir del siglo IX los califas contrataron principalmente soldados turcos mamelucos, que trajeron de Asia central. Esto llevó consigo una decadencia de la aristocracia militar de tipo tradicional; como consecuencia de estos cambios, se produjo una serie de transformaciones de carácter político, financiero y social en el imperio.

Durante los primeros tiempos de los abasíes, el ejército desempeñó un papel esencialmente militar contra los bizantinos, quienes alrededor del año 745 reiniciaron una ofensiva, reconquistando Chipre y amenazando las fronteras de Siria y Armenia. En la época de Harun Al-Rashid se mantuvo la actitud defensiva en las fronteras con Bizancio, mientras que la supremacía marítima de los árabes era indiscutible.

Con Al-Ma'mun se produjo la ruptura definitiva entre el ejército árabe y el califa, quien incrementó el grueso de las tropas mercenarias; sin embargo, el ejército árabe no desapareció

totalmente, manteniéndose una fuerza leal a la dinastía, conocida por '*Arab Ad-Dawla*, encargada de defender las fronteras del imperio, *Dar Al-Islam*, la casa del Islam, y emprender la guerra santa o *yihad* contra el infiel. Este ejército no era rentado, por lo que se precipitó una disociación entre éste y el ejército principal central, inicialmente jurasaní, el único inscrito en el *diwan*, el único, por tanto, que recibía sueldo.

Sin embargo, la evolución no sólo tenía una causa étnico-política, sino que tenía también un aspecto técnico. El sistema de combate beduino, basado esencialmente en las hazañas individuales e ignorando tanto el armamento pesado y la guerra de asedio como la explotación táctica de los arqueros, ya no era suficiente, sobre todo considerando que nos encontramos en un período en el que en toda Eurasia se perfila un proceso de la caballería pesada. Las técnicas de combate, tales como el minado, la "artillería" de sitio, de la nafta, del tiro con arco a caballo, no podían ser enseñadas en forma suficiente más que a un ejército profesional, como lo fue el instituido por los abasíes.

Es en la vida económica del imperio abasí donde percibimos más claramente el carácter de los cambios que la revolución había traído. El imperio dispuso de ricos recursos. Las cosechas principales de los grandes valles fluviales irrigados fueron el trigo, cebada y arroz, mientras los alimentos secundarios más importantes lo constituyen las aceitunas y los dátiles.

Las plantas industriales eran producidas en abundancia, en especial las textiles. El lino de Egipto gozaba de gran reputación, pero el algodón iba ganándole terreno, y lo mismo pasaba en Siria; Juzistan producía igualmente un lino excelente. El papiro siguió siendo una fortuna monopolizada por Egipto, hasta que se pasó a utilizar el papel. En el siglo X se producía, a partir de la conquista musulmana, papiro en Sicilia y se vendía en Italia. La caña de azúcar, que se comenzaba a conocer en el momento de la conquista árabe en los bordes del golfo Pérsico, fue extendida ampliamente con el Islam por todos los territorios llanos, cálidos e irrigables. Además abundaban los cultivos de plantas para tintes y odoríferas, sobre todo en Irán, violetas, rosas, jazmines, narcisos, azafrán, índigo, albecia, incienso del Yemen.

Los abasíes emprendieron amplias obras de irrigación, extendieron el área de tierra cultivada, desecaron pantanos y consiguieron un rendimiento muy elevado, según los cronistas. La revolución dio a los campesinos mayores derechos de posesión y un sistema de tributación por arriendo más equitativo, basado en un porcentaje de la cosecha, en vez de un tipo fijo, como anteriormente. Pero la condición de los campesinos era aún mala, y con el transcurso del tiempo se agravó por las especulaciones de los mercaderes y terratenientes acaudalados y por la introducción de labor por esclavos en grandes posesiones, que degradó el crédito económico y social de la labor libre. A partir del 900, la generalización del sistema del *iqta* (concesión de tierras a los soldados) contribuyó a dislocar aún más profundamente la vida rural. Sin embargo, se trata tan sólo de uno de los aspectos que provocaron el trastorno que transformó al mundo abasí en el siglo X.

Además de los beduinos, la cría de ganado era practicada por los habitantes sedentarios, bovinos sobre todo como fuerza de trabajo, corderos, más importantes para carne, leche, queso y lana, asnos y muías para el transporte de cargas y hombres. Importante para la alimentación es la cría de aves de corral, que se complementaba con la caza y la pesca. El gusano de seda, en un principio criado en los bordes del mar Caspio, se extendía, poco a poco, por otras regiones: Irán, Siria, Sicilia y España. La apicultura, a pesar de su difusión, no evitaba tener que importar miel y cera de los países eslavos.

El imperio abasí estaba bien provisto de metales. El oro era traído del oeste, especialmente de Nubia y el Sudán; la plata venía de las provincias orientales y sobre todo del Kush indostano, donde, según una información del siglo X, trabajaban diez mil mineros. El cobre era transportado desde las proximidades de Isfahan, donde en el siglo IX las minas que lo producían pagaban un impuesto de cinco mil dirhams. Además, se traía hierro de Asia central, Persia y Sicilia. Piedras preciosas existían en muchas partes del imperio, y las perlas se obtenían de las ricas pesquerías del golfo Pérsico. Sobre la pesquería de perlas se encuentra

un relato en el *Rihla* de Ibn Battuta:

"La pesquería de perlas está entre Siraf y Al-Bahrayn, en una bahía de aguas quietas que parece un gran río. En los meses de abril y mayo llegan aquí muchas barcas, con pescadores de perlas y mercaderes de Fars, Al-Bahrayn y Al-Qutayf. Cuando el pescador quiere bucear, se cubre el rostro con una careta de concha de gaylam, que es la tortuga, y hace también de esta misma concha unas cosas que parecen pinzas, para apretarse las narices; luego se ata una cuerda en la cintura y se sumerge. Algunos aguantan más que otros bajo el agua; los hay que pueden estar una y dos horas, o aún más. Al llegar el pescador al fondo del mar, encuentra las conchas agarradas a la arena, entre pequeñas piedras, y las arranca con la mano o las separa con un cuchillo, que lleva dispuesto para ello; a continuación, las mete en un morral que tiene colgado al cuello, y cuando le falta la respiración, tira de la cuerda para que el hombre que sujeta el cabo en la superficie lo sienta y lo suba a la barca. Le cogen entonces el morral, abren las conchas y encuentran dentro trozos que, al ponerse en contacto con el aire, se endurecen y convierten en perlas. Las juntan todas, pe queñas y grandes, y el sultán se queda con la quinta parte, mientras los mercaderes que permanecen en las barcas compran el resto. La mayor parte de estos comerciantes son acreedores de los pescadores, de modo que cogen las perlas por el total de la deuda o a cuenta de ella."

En cuanto a la madera, había un extenso comercio de importación que traía suministros desde la India y más allá, se disponía de cierta cantidad en el este, aunque faltaba en las provincias occidentales.

Un tratado árabe medieval divide la industria y las artes en dos grupos básicos; esto es, aquellos que se ocupan de las necesidades esenciales del hombre, y secundarias o auxiliares. En el rubro de los primeros se encuentran la alimentación, alojamiento y vestimenta. Fue la industria textil de transformación la más desarrollada en el imperio árabe, la más trascendente, desde un punto de vista económico, ya sea por las cantidades invertidas o por la producción y la mano de obra que ocupó. La industria textil tuvo su primer desarrollo durante los omeyas, pero alcanzó su máxima expansión durante el califato abasí. Se produjeron toda clase de géneros, tanto como para abastecer al mercado interno como para la exportación: géneros en piezas, telas, alfombras, tapicerías, almohadas, etcétera. Egipto fue el principal centro productor de ropas de algodón. Damietta, Tinnis y Alejandría fueron famosas por la calidad de sus productos. La manufactura de seda fue heredada de los imperios bizantinos y sasánida y centrada en las provincias persas de Yuryán y Sistán, y en Siria. Alfombras se hicieron en casi todas partes, destacándose las confeccionadas en Tabaristán y Armenia.

Del gran desarrollo alcanzado por la industria textil dan testimonio, todavía hoy, tantos nombres de tejidos de origen árabe-islámico. Lo mismo podríamos agregar en relación a la zapatería, a la cordonería, cuyo nombre deriva de Córdoba, y a la marroquinería de Marruecos. Otras industrias que alcanzaron un gran desarrollo fueron la fabricación de perfumes, tintes y jabones. Además, habría que destacar el acero de Damasco, el desarrollo del arte del cobre, grandes progresos en cristalería y cerámica.

Especial mención hay que hacer a una de las más importantes mejoras y difusiones realizadas por los árabes, como lo fue el invento del papel. Éste se fabricó por primera vez en China, según una tradición, en el año 105 antes de Cristo. En 751 después de Cristo, los árabes obtuvieron una victoria sobre algunos contingentes de una fuerza china, al este de Yaxartes. Entre los prisioneros capturados por los musulmanes había algunos fabricantes de papel chinos, que introdujeron su oficio en el mundo islámico. En el período de Harun Al-Rashid, el papel fue introducido en Irak. La manufactura se limitó en un principio a las provincias orientales, donde primeramente fue introducida, pero el uso del papel se propagó rápidamente a través del mundo islámico, alcanzando a Egipto en el año 800 y a España un siglo más tarde. Desde el siglo X en adelante, hay testimonio de la fabricación de papel en Irak, Siria, Egipto y en la misma Arabia, y pronto hubo fábricas de papel en África del norte y

España. Centros conocidos había en Samarcanda, Bagdad, Damasco, Tiberíades, Hama, Trípoli de Siria, El Cairo, Fez de Marruecos y Valencia de España. La división política del imperio favoreció la multiplicación de las fábricas. Las consecuencias de la aparición del papel son difíciles de precisar, pero considerables. Mucho más práctico que el papiro granuloso, más económico y más liso que el pergamino, espeso y curvado, el papel tuvo mucha importancia para la evolución de la burocracia del régimen y para la democratización del libro de la cultura urbana. En la historia de la civilización omeya alcanzó un lugar del mismo orden que la imprenta.

La industria fue organizada en parte bajo la dirección estatal, y en parte bajo iniciativa privada. Desde los últimos tiempos omeyas, el gobierno había mantenido talleres y centros de fabricación para la producción de tiraz, material usado para los trajes de gobernantes y para uniformes ceremoniales, concedidos como distintivos honoríficos a altos empleados y jefes del ejército. El sistema de producción usual fue doméstico. Los artesanos estaban limitados a vender sólo a agentes oficiales o a un contratista privado que los financiaba. En algunos casos, los artesanos recibían un salario, y en el siglo IX se cita una tarificación, en Egipto, de medio dirham al día.

Uno de los hechos más destacados del mundo abasí fue, junto con el desarrollo del pensamiento intelectual y de la cultura, la amplitud de las relaciones comerciales y de la vida económica. Es indiscutible que la desaparición del imperio sasánida y el debilitamiento del imperio bizantino habían dado a los omeyas grandes posibilidades comerciales. Los recursos del imperio y también el tránsito comercial vitalmente importante entre Europa y el Lejano Oriente, hicieron posible un extenso desarrollo del comercio, favorecido por la restauración del orden y seguridad internas y de las relaciones más o menos pacíficas de los países vecinos logrados por los abasíes, en vez de las incesantes guerras de conquista realizadas por los omeyas.

El comercio del imperio islámico tuvo un gran radio de acción. Desde los puertos del golfo Pérsico de Siraf, Basra y Uballa y, en menor proporción, desde Adin a los puertos del mar Rojo, mercaderes musulmanes recorrían la India, Ceilán, las Indias Orientales y China, trayendo sedas, especias, sustancias aromáticas, maderas, estaño y otros productos, tanto para consumo interno como para la exportación. Las rutas estaban despejadas, trazadas, los obstáculos salvados, se disponía de una posición clave respecto al gran comercio de la época —el istmo que separa al Mediterráneo del océano Índico—. El imperio abasí conoció por ello una gran propiedad económica. Esta expansión estuvo ligada también a la creación de Bagdad, cuya situación favoreció, por una parte, la atracción de mercaderías hacia Irak y llevó consigo el desarrollo de Basra; por otra, el comercio de tránsito, pues Bagdad se convirtió en centro de distribución de mercancías hacia el Oriente Medio.

La conquista de Creta en el año 827 y la de Sicilia en el transcurso del siglo IX, aseguraron a los árabes el control de la navegación por el Mediterráneo. Por otra parte, el desarrollo de las ciudades, el enriquecimiento de los súbditos del imperio, tanto árabes como no árabes, la necesidad de aprovechar las ventajas materiales aportadas por las conquistas, hicieron que se instituyera una "sociedad de consumo", cuyo "lujo oriental" no constituía el signo menos importante; la vida económica y social estaba íntimamente ligada y se asistía a una transformación de la sociedad musulmana, que refleja a la vez el auge literario, filosófico, religioso y el desarrollo científico que representa también la impronta del siglo IX abasí.

Las rutas alternativas a China e India cruzaban por vía terrestre a través del Asia central. Una fuente de la época menciona mercaderías traídas desde China, tales como seda, loza, papel, tinta, monturas, caballos, pavos reales, fieltro, ruibarbo, cinamomo, utensilios de oro y plata, monedas de oro, joyas, esclavas, así como ingenieros hidráulicos, agrónomos, marmolistas y eunucos. La misma fuente destaca algunas cosas traídas de la India: "tigres, panteras, elefantes, pieles de pantera, rubíes, madera de sándalo blanca, ébano y nueces de

coco". Los manuales de navegación musulmanes han revelado que los navegantes árabes se encontraban como en su casa en las naves orientales, donde comerciantes árabes se establecieron en China ya en el siglo VIII.

El extenso intercambio comercial entre el imperio islámico y el Báltico, vía mar Caspio, mar Negro y Rusia, es atestiguado por numerosos hallazgos de monedas a lo largo del curso del Volga y sobre todo revelado por fuentes literarias. En Suecia y el resto de Escandinavia se han encontrado miles de monedas musulmanas con inscripciones que datan desde finales del siglo VII hasta comienzos del XI, período que marca el florecimiento del comercio islámico. De estos países obtuvieron los árabes muchos productos, entre los que se destacan las pieles, los cueros y el ámbar. El geógrafo árabe Mugaddasi da una lista más completa y habla de "martas, pieles de ardilla, armiños, pieles de zorro, castores, liebres moteadas y cabras; también cera, flechas, corteza de abedul, gorros de pieles, cola de pescado, dientes de peces, castóreo, ámbar, pieles de caballo preparadas, miel, nueces de avellano, halcones, espadas, armaduras, maderas de arce, esclavos, ganado mayor y menor". Parece poco probable que los propios árabes hayan penetrado hasta Escandinavia, quizás tuvieron contacto con los pueblos septentrionales en Rusia, con los kázaros y los búlgaros del Volga, sirviendo éstos de intermediarios.

También con África sostuvieron los árabes un extenso comercio por tierra, siendo oro y esclavos los principales productos importados. El comercio con Europa occidental fue al principio interrumpido por las conquistas árabes, pero reanudado por los judíos, que servían de lazo entre los dos mundos hostiles. En un paraje frecuentemente citado, el geógrafo Ibn Jurradabih habla de mercaderes judíos del sur de Francia: "...quienes hablan árabe, persa, griego, francés, español y eslavo. Viajan de Occidente a Oriente y de Oriente a Occidente por tierra y por mar. De Occidente traen eunucos, esclavas, niños, brocados, pieles de castor, martas y otras pieles y sables. Embarcan en el país de los francos, en el mar Mediterráneo occidental, y desembarcan en Farama, de donde llevan sus mercancías a lomo de camello a Qulzum, a distancia de veinticinco parasangas. Después navegan sobre el mar Oriental (Rojo), desde Qulzum hasta Al-Jar y Yedda, y progresivamente hacia Sind, India y China. De China traen almizcle, aloe, alcanfor, cinamomo y otros productos, y regresan a Qulzum. Entonces los transportan a Farama y navegan de nuevo hacia el mar Occidental. Algunos viajan con sus géneros a Constantinopla y los venden a los griegos, y otros los presentan al rey de los francos y los venden allí. En ocasiones traen sus géneros desde la tierra de los francos, a través del mar Occidental, y los descargan en Antioquía. Entonces viajan, en tres días de marcha por tierra, hasta Al-Yabiya, de donde navegan, descendiendo por el Eufrates, a Bagdad, y después, Tigris abajo, a Ubulia, y de Ubulia a Liman, Sind, India y China..."

El comercio musulmán se vio favorecido, asimismo, por la instauración de un magnífico sistema financiero. Tal sistema resultó suficientemente original como para merecer un estudio particular. El mundo musulmán gozó, además, de una moneda sana, cuyo valor se mantuvo prácticamente estable hasta poco después de las cruzadas, estimado en todos los mercados internacionales y en todo tipo de transacciones; también se crearon diversos procedimientos de pago: letra de cambio, cheque, operaciones bancarias; el préstamo y la hipoteca también fueron practicados, estableciéndose para ellos ciertos compromisos, *hiyol*. Se asistió, de hecho, al nacimiento y desarrollo de un vasto capitalismo, en cuyas actividades participaron tanto musulmanes como *dimmies*. En este terreno, los pueblos islámicos estuvieron mucho más avanzados que el Occidente cristiano.

El desarrollo del comercio y de empresas en gran escala dio origen durante el siglo IX a la banca. La economía del imperio islámico había sido primero bimetalista con el dirham persa de plata circulando en las provincias orientales y los denarios de oro bizantinos en los occidentales. Estas emisiones fueron conservadas por el califato, con el peso tipo de 2,97 gramos

para el dirham y de 4,25 gramos para el diñar. A pesar de muchos intentos para estabilizar el valor relativo de estas monedas, inevitablemente fluctuaban con los precios de los metales de que estaban hechas, y el *sarrafi*, o cambista de moneda, llegó a ser un elemento esencial en todo mercado musulmán. En el siglo IX se transformó en un banquero en mayor escala, sin duda apoyado por comerciantes acaudalados con dinero para invertir. Se mencionan bancos con una oficina principal en Bagdad y sucursales en las otras ciudades del imperio, y un complicado sistema de cheques, cartas de crédito, etcétera, tan desarrollado, que era posible extender un cheque en Bagdad y cobrarlo en dinero en Marruecos. En Basra, el principal centro del floreciente comercio oriental, cada comerciante tenía su cuenta de banco, y los pagos en los bazares se efectuaban sólo con cheques y nunca con dinero. En el siglo X había bancos del gobierno en la capital, con el título de bancos de asistencia, que adelantaban al gobierno las grandes sumas requeridas para los gastos administrativos, contra una hipoteca sobre tributos no recaudados. Debido al edicto musulmán sobre la usura, la mayoría de los banqueros eran judíos y cristianos.

La próspera vida comercial de la época se reflejó en sus ideas y literatura, donde encontramos al comerciante honrado señalado como un tipo ético ideal. Las tradiciones atribuyeron al profeta afirmaciones como ésta: "En el día del juicio, el mercader musulmán honrado y cabal se clasificará en las filas de los mártires de la fe". "El mercader íntegro se sentará a la sombra del trono de Dios en el día del juicio." Y al califa Umar I se le atribuyen, con menos fundamento, estas palabras: "No hay lugar donde me vería más agradablemente sorprendido por la muerte que en el mercado, comprando y vendiendo para mi familia". El ensayista Yahiz, en un trabajo titulado *En alabanza de los comerciantes y en censura de los empleados* observa que la aprobación por Dios del comercio como medio de vida está demostrada por su elección de la comunidad mercantil de Qurays para su profeta. La literatura de la época incluye retratos del comerciante, recto, ideal, y mucho asesoramiento respecto a la inversión de dinero en el comercio, junto con máximas como la de no invertir el capital de uno en cosas cuya demanda sea limitada, tales como joyas, que sólo son requeridas por los opulentos, o libros científicos, sólo pedidos por eruditos, que en todo caso son pocos y pobres. Esta máxima particular debe haber procedido de un escritor de experiencia más bien teórica que práctica, ya que la realidad demuestra en general que fueron precisamente los tratantes en géneros de lujo, costosos, tales como joyas y batistas finas, los más adinerados y respetados.

Todos estos movimientos económicos trajeron los correspondientes cambios sociales y una serie de nuevas conexiones entre los componentes étnicos y sociales de la población. La casta árabe guerrera estaba ahora depuesta. Había perdido sus concesiones por el tesoro y sus privilegios. Desde este período, en lo sucesivo, los cronistas árabes sólo hablaban raras veces de las contiendas tribales de los árabes. Esto no significa que hubiesen disminuido en violencia, pues en período tan avanzado como en el siglo XIX se encuentra todavía a los descendientes de Qays y Kalb, en Siria, luchando entre sí. El cambio significaba que la aristocracia tribal árabe había perdido su poder para intervenir e influir en los asuntos públicos, y que sus contiendas y pugnas no tenían ya gran alcance. A partir de este período, los hombres de tribu árabes comenzaron a abandonar las *amsar*, volviéndose algunos al nomadismo, que nunca habían abandonado por completo, y estableciéndose otros en el campo. La población islámica cambió su carácter; desde la ciudad guarnecida por un ejército que ocupaba una provincia conquistada, a un mercado donde los mercaderes y artesanos comenzaron a organizarse en gremios y lonjas para mutua ayuda y defensa.

Pero los árabes no perdieron por completo su supremacía. El gobierno fue al principio predominantemente árabe en sus puestos elevados. La dinastía era todavía árabe y se enorgullecía de su arabismo, y el árabe era el único idioma del gobierno y de la cultura. Se conservó la superioridad teórica de los árabes que condujo al movimiento *su'ubiyya* en literatura y círculos intelectuales, mejorando las pretensiones de los no árabes a igual posición. Pero un cambio importante se estaba elaborando en el significado de la propia palabra "árabe".

Desde entonces en adelante, dejaron de ser los árabes una casta hereditaria hermética, y se transformaron en un pueblo dispuesto a aceptar como a uno de ellos, por una especie de naturalización, a cualquier musulmán que hablara árabe. La emancipación de los *mawali* tomó la forma de su plena aceptación como árabes, y hasta los pretorianos jurasaníes de los califas se arabizaron por completo. El proceso de arabización en las provincias al oeste de Persia fue ayudado por la disposición de los árabes desmovilizados, por el predominio del idioma arábigo en las poblaciones y su propagación al campo circundante. Su desarrollo está atestiguado por la primera revuelta conjunta árabe-copta en Egipto en 831. Eventualmente, hasta los cristianos y judíos de Irak, Siria, Egipto y África del Norte comenzaron a emplear el árabe, y el propio término "árabe" en el uso arábigo llegó a restringirse a los nómadas.

En vez de la aristocracia árabe, tenía el imperio una nueva clase gobernante, los ricos y los eruditos, poseyendo los primeros, en muchos casos, enormes fortunas en dinero, y propiedades. Estas fortunas fueron formadas desempeñando tareas gubernamentales, que estaban no solamente bien pagadas, sino que ofrecían oportunidades ilimitadas para ganancias adicionales, mediante el comercio y la banca, mediante especulaciones y por la explotación de la tierra por propiedad de la misma o el arriendo de impuestos. Un ejemplo que se cita en una crónica nos informa cómo una familia de empleados invirtió una fortuna de cuarenta mil dinares, que había heredado: mil se dedicaron para reconstruir la casa derrumbada del cabeza de familia; siete mil, en mobiliario, ropas, esclavas y otras amenidades; dos mil fueron entregados a un comerciante de confianza para comerciar con ellos; diez mil fueron enterrados para imprevistos, y con los restantes veinte mil compró una finca, de cuyas rentas vivía.

Digamos algo respecto a la posición de los *dimmiés*, los súbditos no musulmanes del imperio. El estado legal de que gozaban ha sido muy idealizado por algunos escritores, que han ensalzado la tolerancia indudable de los gobiernos musulmanes en la concesión de igualdad completa. Los *dimmiés* eran ciudadanos de segunda clase, que pagaban un tipo más elevado de tributación, sufrían ciertas incapacidades sociales, y en algunas raras ocasiones estaban sometidos a franca persecución. Pero, con todo, su posición era infinitamente superior a la de aquellas comunidades ajenas a la iglesia establecida en Europa occidental en el mismo período. Gozaban del libre ejercicio de su religión, derechos de propiedad normales, y eran frecuentemente empleados en el servicio del Estado, a menudo en los puestos más elevados. Eran admitidos en los gremios artesanos, en algunos de los cuales predominaron. Nunca llegaron a padecer martirio o destierro por sus creencias.

La expansión económica atrajo hacia las ciudades toda una masa de población hasta entonces errante o que vivía miserablemente en el campo. En particular, las ciudades de Irak, y en primer lugar Bagdad, llegaron a reunir una plebe que subsistía gracias a las dádivas de los acaudalados; esta afluencia de población resultó por otra parte totalmente desproporcionada en relación con la importancia económica real de la ciudad, lo que generó una serie de conflictos sociales a las urbes del imperio y que a la larga sería un peso excesivo que condujo a continuas revueltas y sublevaciones de este sector de la población y que desestabilizó al imperio, siendo uno de los factores decisivos en la desmembración de éste.

Los conflictos ideológicos y la desmembración del imperio

Hasta finales del siglo IX, y a pesar de los disturbios internos, de las revueltas e incluso de las recesiones, el califa abasí continuó siendo el único del mundo musulmán, aunque no unánimemente reconocido. Los distintos movimientos ligados al jarichismo no reconocían desde hacía tiempo (desde Adrah) a los califas omeyas, y luego a los abasíes, como suyos. Los shiítas no habían llegado a esta posición, pues esperaban el momento en que su verdadero imam les sería revelado, y de momento mantenían una prudente reserva. Los omeyas de España, que eran la tercera gran familia musulmana, no se atrevieron a dar el paso de proclamar califas a sus emires, lo que podría interpretarse como que el abasí, a pesar de los

resentimientos que le tuvieron, era el jefe del Islam sunnita, incluso para ellos.

A comienzos del siglo X, el mundo musulmán sufrió una serie de trastornos considerables: por una parte, se dividió en tres califatos, y por otra, en el seno del califato abasí estallaron violentas insurrecciones que modificaron de tal modo su estructura, que pronto llegaron a codearse en el gobierno militares turcos sunnitas y visires iraníes shiítas; además, algunas dinastías locales oportunistas navegaban entre sunnitas y shiítas y entre el califato abasí y el califato fatimí. Así, pues, se asistía a un fraccionamiento del mundo musulmán que sucedía a la unidad omeya, y a la potencia abasí, unidad que parecía estar rota para mucho tiempo.

El advenimiento de los califas abasíes trajo consigo un rápido desarrollo económico del Oriente Cercano y Medio, lo que sometió a la estructura social del imperio a una serie de tensiones y esfuerzos violentos, que originó numerosos movimientos de descontento y de rebelión abierta contra el orden establecido. Estos movimientos fueron principalmente económicos y sociales en su origen, algunos con matiz nacional. Diversos en sus causas y circunstancias en la composición de sus gestores, tenían en común el estar casi todos expresados en términos religiosos. Siempre que un conflicto de intereses creaba una posición en el Islam, sus doctrinas eran una teología, su instrumento una secta, su agente un misionero, su jefe un mesías, o su representante.

Primeros síntomas de decadencia y desmembración

Los primeros síntomas de decadencia en esta importante civilización aparecieron en la estructura de la unidad política. A pesar de ciertos rumores de rebelión, el imperio construido por Mansur parecía bastante sólido hasta el reinado de Harun (786-829), que en muchos aspectos señala el apogeo del poderío abasí. Los primeros abasíes habían mantenido la alianza con el ala aristocrática persa del movimiento que los había llevado al poder; la casa noble persa de Barmak, a pesar de ser una dinastía de *wazirs*, había desempeñado un papel central en el gobierno del imperio. Durante la vida de Harun Al-Rasid hubo una convulsión de circunstancias y orígenes oscuros, que culminaron en la degradación de la casa de Barmak y su pérdida de poder, de riqueza e incluso de su propia existencia.

Después de la muerte de Harun, conflictos latentes estallaron en franca guerra civil entre sus hijos Amin y Ma'mun. Las fuerzas de Amin radicaban principalmente en la capital y en Irak, y las de Ma'mun en Persia. La guerra civil ha sido interpretada, aunque con razones dudosas, como un conflicto nacional entre árabes y persas, terminando en una victoria de los últimos; fue, lo más probable, una continuación de las luchas sociales del período inmediatamente precedente, combinadas con un conflicto más bien regional que nacional entre Persia e Irak. Ma'mun, cuyo apoyo venía de las provincias orientales, proyectó durante cierto tiempo el traslado de la capital de Bagdad a Merw, en Jorasán. Esta amenaza a la posición crucial de su ciudad y a los medios de vida de ésta, indujo a la población de Bagdad a una defensa encarnizada de Amin contra los invasores. Ma'mun consiguió la victoria, pero prudentemente mantuvo a Bagdad como punto capital de las grandes rutas comerciales.

A partir de entonces, las aspiraciones aristocráticas y regionales persas encontraron un desahogo en dinastías locales. En 820, un general persa al servicio de Ma'mun, llamado Tahir, logró hacerse independiente de Persia oriental y estableció un gobierno hereditario en su propia familia. Otras dinastías persas, la de los saffaríes en 867, y los samaníes en 892, en forma aproximada, se instauraron pronto en otras partes de Persia. Estos regímenes locales fueron de diferente carácter. El reino de Tahir fue la obra de un general ambicioso que trabajaba principalmente para sí mismo, pero permaneció en líneas generales dentro del marco de la civilización árabe-islámica. Los saffaríes representaron la exteriorización de un movimiento popular persa, mientras que con los samaníes la antigua aristocracia persa retornó al poder político y al pleno goce de sus anteriores privilegios.

En el oeste, la descomposición política comenzó antes. El traslado de la capital hacia el este había originado una pérdida de interés y de autoridad eventual en las provincias occidentales. España en 756, Marruecos en 788 y Túnez en 800 se hicieron virtualmente independientes en dinastías locales. Egipto se separó en 868, cuando el gobernador Ahmad Ibn Tulun, un esclavo turco enviado desde Bagdad, logró hacerse independiente y extendió rápidamente su dominio a Siria. La caída de los tuluníes fue seguida de la ascensión de otra dinastía turca de origen similar.

La aparición de un centro independiente en Egipto, que extendía también a menudo su gobierno hasta Siria, creó una especie de país sin dominio definido entre Siria e Irak, y permitió a las tribus árabes del desierto sirio y sus bordes, recuperar la independencia que habían perdido después de la caída de los omeyas. En ocasiones pudieron extender su poder a comarcas de Siria y Mesopotamia, apoderándose y conservando poblaciones durante intervalos de debilidad militar o desunión, y estableciendo dinastías beduinas brillantes como la de los hamdaníes de Mosul y Alepo en el siglo X. Pronto el califa retuvo sólo la soberanía directa en Irak, y para el resto del imperio tuvo que contentarse con la contribución ocasional y el reconocimiento nominal de dinastías hereditarias locales, bajo la forma de una mención en la plegaria de los viernes en la mezquita y en las inscripciones de la moneda.

En tanto que Bagdad mantuvo el dominio de las rutas comerciales vitales que pasaban por esa ciudad, la descomposición política no sólo no llegó a ser un obstáculo, sino que en cierto modo ayudó a la expansión de la vida económica y cultural. Pero pronto la autoridad del califa comenzó a menguar hasta en la misma capital. El lujo exagerado de la corte y el exceso de burocracia originaron un desorden financiero y una falta de dinero, más tarde agravado por el agotamiento de los yacimientos de metal.

Los califas encontraron un remedio con la cesión de arrendamiento de rentas públicas, eventualmente con gobernadores locales como arrendatarios. Sus obligaciones eran enviar una suma convenida al gobierno central y mantener fuerzas y empleados locales. Estos gobernadores arrendatarios, pronto llegaron a ser los verdaderos gobernantes del imperio y fueron rápidamente identificados con los jefes del ejército. Desde la época de Mu'tasim (833-842) y Watiq (842-847), los califas perdieron gradualmente autoridad sobre sus propios comandantes del ejército y su guardia personal, que fueron capaces en varias ocasiones de nombrarlos y destruirlos a voluntad. Estos comandantes y guardias se componían, en proporción creciente, de mamelucos turcos. En el año 935 se creó el cargo de Amir Al-Umara, o comandante de comandantes, para indicar la supremacía del comandante en la capital sobre los restantes. Finalmente, en 945, la casa persa de Buwayh, que se había ya establecido como dinastía virtualmente independiente en Irán occidental, invadió la capital y destruyó los últimos vestigios de la independencia del califa. Desde entonces, con raras intervalos, los califas estuvieron a merced de una serie de jefes de palacio, la mayoría persas y turcos, que gobernaban apoyados en las fuerzas armadas bajo su propio mando. Aunque retuvo el estado legal y la dignidad del cargo de soberano supremo del Islam, cabeza del Estado y de la Iglesia, o más bien del organismo combinado de uno y otra, el poder real del califa había desaparecido, y su investidura de comandante o gobernador era meramente un reconocimiento "post facto" de una situación existente.

El triunfo del shiísmo

La evicción o eliminación del califato de 'Alí y de sus descendientes y el asesinato de algunos de ellos provocaron entre los partidarios de los alíes, más que un sentimiento de frustración, un deseo de venganza, una voluntad de conquistar este califato que se les escapaba. De ahí nació una mística mesiánica que a veces adquirió formas esotéricas en la medida en que se refugió en la especulación intelectual y teológica; en otras circunstancias,

estos descontentos se unieron a otros y provocaron rebeliones y revueltas, algunas de las cuales fueron sumamente graves. Hasta principios del siglo X, los movimientos provocados por el shiísmo conocieron tan sólo éxitos momentáneos, que fueron fácilmente anulados por los abasíes y, anteriormente, por los omeyas. Estos fracasos les hicieron desaparecer de la luz del día y preparar clandestinamente su reaparición.

El movimiento isma'ílí ha sido considerado durante mucho tiempo como estrictamente revolucionario, dirigido contra los abasíes y contra la ortodoxia religiosa; además, ha sido juzgado según las fuentes que le eran hostiles. Es necesario volver a revisar este juicio, ya que el isma'ilismo se manifiesta bajo el aspecto de un intento de renovación intelectual y como un esfuerzo de transformación social. Si sus adeptos utilizaron formas de acción violentas, fue debido a que no existía para ellos (principalmente los cármatas) otro procedimiento para liberarse del yugo abasí.

La doctrina shiíta sostiene que solamente los descendientes de Fa-tima, hija del profeta, y de su esposo Alí deben ser reconocidos como califas legítimos: omeyas y abasíes (estos últimos desde 750) son tan sólo usurpadores. Violentamente perseguidos por los omeyas y por algunos abasíes, los shiítas practicaron entonces una política secreta, escondida, *batiniya*. A partir del momento en que la doctrina adoptó este carácter secreto, magnificó el personaje de Alí, lo transformó y le confirió sucesores secretos; en la muerte de Alí y, más aún, en la de Husayn en Karbala podemos encontrar el origen de esta doctrina. A la leyenda nacida sobre estos personajes vinieron a sumarse una serie de creencias extendidas por Oriente: *hulul* (encarnación divina), *tanasuj* (paso de alma divinizada a otra alma humana), *raya* (regreso del último imam encarnado). Este imam reencarnado, pero de momento oculto y que se manifestará cuando a él le parezca, es el *mahdi*, que vendrá, por derecho divino, a gobernar el mundo. En la concepción shiíta, el jefe de la comunidad es el *imam* (guía) y no el califa: está inspirado por Dios, dotado de infalibilidad y reclama una total obediencia de sus fieles.

La creencia en el imam oculto dio lugar al nacimiento de dos tendencias, que se separaron a la muerte del imam Ya'far Al-Sadiq, sexto de la dinastía desde Alí. La tendencia moderada estaba representada por los "duodecimanos" (o imamíes), que reconocían como imames a los descendientes de Musa, uno de los hijos de Ya'far; el duodécimo descendiente desapareció: era el imam Al-Muntazar, que regresará al final de los tiempos. Esta tendencia fue la adoptada principalmente por los samaníes y los buyíes; no se manifestaba por su carácter violento y, de hecho, el comportamiento de sus adeptos era bastante parecido al de los sunnitas.

La tendencia de los extremistas, *gulat*, se manifestó claramente en el siglo X: se la conoce con el nombre de "isma'ilismo", debido a que sus partidarios reconocían como imam, después de Ya'far Al-Sadiq, a uno de sus hijos, Isma'il, que fue el séptimo imam; después de él, los demás imames son ocultos. La doctrina de los isma'ilíes es muy distinta de la ortodoxia sunnita; concede un lugar muy importante al esoterismo: por una parte, la existencia del mundo se basa en cierto número de ciclos; hubo siete profetas y entre cada uno existieron siete imames: con Isma'il se cierra el ciclo, y se debe esperar al nuevo profeta, el Mahdi. Además, cada versículo del Corán posee dos interpretaciones, una literal, y la otra esotérica, conocida tan sólo por los iniciados. Estamos, pues, en presencia de un dogma mesiánico, reservado a los iniciados que eran instruidos poco a poco, según su elevación en la jerarquía; ésta comprendía siete grados, al final de los cuales los convertidos recibían la revelación completa.

Esta doctrina fue extendida por una organización clandestina, que hizo posible que la secta durase, se renovase y sobre todo escapase a las persecuciones de los abasíes. En algunos casos, el imam, jefe de la secta, pudo delegar sus poderes en un mandatario, aunque con reservas. Estos isma'ilíes se dividieron a su vez en varias sectas, las más importantes de las cuales fueron las de los cármatas y los fatimíes; los últimos fueron los únicos que llegaron a crear una dinastía y un imperio.

La propaganda isma'ílí se llevaba a cabo a través de misioneros (*da'i*, *pl. du'at*); con el aspecto de un mercader o de un artesano, el *da'i* iba a instalarse a un barrio de una ciudad, y

destacaba por su piedad y modestia; entraba en relación con la gente más próxima y, después de juzgar a sus interlocutores y elegir a los que le parecían más capacitados para interesarse por las verdades ocultas, despertaban en ellos la esperanza de mejorar su suerte y la de toda la comunidad musulmana. Si los elegidos querían convertirse en auténticos discípulos, el *da'í* les hacía pagar cierta cantidad, destinada a engrosar el tesoro del imam, luego eran introducidos e iniciados. Entonces se transformaban a su vez en misioneros.

A principios del siglo X, cuando una grave crisis social agitaba a todo el imperio abasí, los misioneros isma'íles pudieron reclutar gran número de adeptos entre los descontentos de las ciudades y el campo; quizás actuaron directamente entre la gente de oficio, artesanos y pequeños tenderos, o tal vez dieron lugar, en parte, a las agrupaciones profesionales. En los textos isma'íles no se encuentran indicaciones concretas sobre sus ideas y teorías sociales; pero lo cierto es que tanto los gobernadores abasíes como los teólogos ortodoxos vieron en estas ideas una seria amenaza para el orden establecido. Para los sunnitas y fatimíes eran las manifestaciones de un mismo movimiento cuya finalidad era destruir al califato y al sunnismo; los ortodoxos también acusaron a los isma'íles de prácticas comunitarias extremistas, de la comunidad de bienes, incluidas las mujeres. En realidad, nada de todo esto aparece en la doctrina isma'ílí; tan sólo una promesa de mejora de las condiciones de vida y una gran fraternidad.

Cármatas y fatimíes

El movimiento se manifestó abiertamente en los primeros años del siglo X. Entre 901 y 906, isma'íles de un grupo afiliado conocido por los cármatas, saquearon Siria, Palestina y Mesopotamia septentrional. Las fuentes informativas nos dan el texto de un sermón predicado en Hims durante su ocupación por los isma'íles: "¡Oh, Dios!, guíanos con el califa, el Heredero, el Esperado, el Mahdi, el Señor del Tiempo, el Caudillo del Fiel, el Mahdi. ¡Oh, Dios!, llena la Tierra de justicia y equidad y destruye a sus enemigos. ¡Oh, Dios!, destruye a sus enemigos".

Mucho más importante fue el movimiento de los cármatas, en la provincia de Bahrayn (ahora llamada Al-Hasa), en la costa de Arabia. El país era adecuado para movimientos revolucionarios. Estaba aislado y era de acceso difícil, con una población mixta y muchos supervivientes de la revolución zany. En ocasiones, al comienzo del siglo X, misioneros cármatas llegaron a ser el poder dominante en la provincia, expulsando a los representantes del gobierno central. Desgraciadamente ha llegado hasta nosotros muy poca información del régimen que establecieron. Nuestros conocimientos proceden esencialmente de los escritos de dos viajeros, ambos pro-isma'íles, que visitaron la región. El primero, que estuvo allí en la primera mitad del siglo X, describe al régimen cármata como una especie de república oligárquica. El gobernante era el primero entre iguales, gobernando con la ayuda de un comité de sus asociados más íntimos. Esta afirmación está confirmada por la narración de un isma'ílí persa que visitó Bahrayn en el siglo IX. Encontró aún floreciente a la república cármata. Había, dice, más de veinte mil habitantes capaces de empuñar las armas en la capital, Lahasa. Estaban gobernados por un Consejo de seis, que mandaban con equidad y justicia, y quienes, cuando concedían audiencia, hablaban con suavidad y modestia. No ayunaban ni rezaban, y la única mezquita había sido construida a expensas privadas para los peregrinos ortodoxos. No había impuestos ni diezmos (los primeros viajeros hablan de muchos). El Consejo poseía treinta mil esclavos negros, que practicaban la labor del campo. Si alguien se quedaba pobre o contraía deudas, era sacado del apuro con la ayuda de otros. Cualquier artesano forastero que llegaba a Lahasa, recibía a su llegada suficiente dinero para establecerse. Las reparaciones de las casas cuyos propietarios eran pobres se realizaban a costa de los fondos públicos, y el trigo era molido gratis por cuenta de molinos del Estado. Las transacciones comerciales eran efectuadas con fichas monetarias no exportables. La descripción del régimen por los dos viajeros está confirmada en uno de los puntos por las monedas cármatas que han sido encontradas,

acuñadas en nombre del comité.

Otra área de éxito isma'ílí fue el Yemen, donde en 901 un misionero se estableció, logrando poder rápidamente. Desde el Yemen mandó emisarios a la India y al África del norte y probablemente a otras regiones también. La misión norte-africana logró brillante éxito en Túnez y en 908 estuvo en condiciones de proclamar al imam Ubayd Alian como el primer califa fatimí. Los fatimíes habían adoptado en varios aspectos la táctica de los propios abasíes en su advenimiento al poder. Habían utilizado la propaganda secretamente organizada de una secta heterodoxa, y habían desarrollado su intento decisivo para alcanzar el poder en una de las provincias remotas del imperio. Se diferenciaban de los abasíes en dos aspectos importantes, probablemente relacionados entre sí. Al contrario de los abasíes, fallaron en lograr el dominio universal del mundo islámico y siguieron siendo los jefes de la secta que los había llevado al poder.

Los primeros cuatro califas fatimíes reinaron sólo en África del norte, donde encontraron cierto número de dificultades. El establecimiento de un Estado y una dinastía suponía diversas exigencias de las de una secta de oposición revolucionaria. Desde el principio no faltaron intransigentes que acusaron a los nuevos califas de traicionar los dogmas del islamismo.

En una fecha posterior, los fatimíes habían de entrar en pugna con los cármatas del Bahrayn por las mismas razones. La expansión de la nueva dinastía hacia el este, se realizó después de tres intentos infructíferos por Mu'izz, el cuarto califa, que conquistó Egipto en 969. La conquista había sido preparada desde hacía tiempo por emisarios y propagandistas secretos, que habían minado la resistencia de los egipcios. La conquista de Egipto fue seguida casi inmediatamente de un choque con los cármatas, quienes, de momento, constituían un peligro real para el nuevo régimen. Más tarde parece que retornaron a su alianza fatimí.

Mu'izz estuvo asesorado por dos hombres notables. Uno fue el general Yawhar, un mameluco de origen europeo que fue el real conquistador de Egipto. Fue éste el que construyó la nueva ciudad de El Cairo como capital fatimí, y la gran mezquita de Al-Azhar como el centro de su fe. Convertida a la ortodoxia siglos después, la mezquita Azhar ha permanecido hasta el presente día como uno de los centros principales del pensamiento y vida religiosa islámicos. El otro gran servidor de Mu'izz fue Ya'qub Ibn Killis, un judío islamizado, oriundo de Bagdad, que se había unido a Mu'izz en Túnez y ayudándole durante y después de la conquista. Ya'qub Ibn Killis fue un genio financiero, quien organizó la tributación y sistema de servicio civil que se utilizó casi todo el período de dominio fatimí.

Los fatimíes extendieron rápidamente su dominio a Palestina, Siria y Arabia, y durante una época sobrepasaron el poder e influencia de los califas ortodoxos en Bagdad. La cúspide del período fatimí en Egipto fue el reinado del califa Mustasir (1036-1094), bajo el cual el imperio fatimí incluyó toda el África del norte, Sicilia, Egipto, Siria y .Arabia occidental. En 1056-1057, un general profatimí consiguió apoderarse del propio Bagdad y proclamar la soberanía del califa fatimí desde los pulpitos de la capital abasí. Fue, sin embargo, expulsado al siguiente año, y desde entonces el poder de los fatimíes declinó. El derrumbamiento se observó primeramente en la administración civil, y condujo al poder a una serie de autócratas militares que ejercieron su autoridad en El Cairo lo mismo que sus similares habían venido haciendo desde hacía algún tiempo en Bagdad. Privados de sus inmensos poderes y reducidos a instrumento de los emires, los califas perdieron gradualmente el apoyo de sus partidarios y su régimen fue finalmente abolido por Saladino, quien restableció en Egipto el poder sunnita.

El gobierno de los fatimíes en Egipto, en su máximo esplendor, difiere en muchos aspectos de los que le habían precedido. En la cabeza estaba el infalible imam, un monarca absoluto, gobernando por derecho hereditario, transmitido por voluntad divina a través de una familia divinamente ordenada. Su gobierno estaba centralizado y jerarquizado y se hallaba dividido en tres ramas: religiosa, militar y burocrática.

Las dos últimas estaban a cargo de un visir. La rama religiosa se componía de una jerarquía de misioneros en distintos grados bajo un misionero jefe, que era un personaje de enorme

influencia política. Este departamento era responsable de las escuelas superiores de enseñanza y de la organización propagandística de la secta isma'ílí y parece haber desempeñado un papel no distinto al que en las modernas dictaduras de un solo partido desempeña éste. La rama propagandística dirigía un vasto ejército de agentes a través de las provincias orientales todavía bajo la autoridad nominal del califa abasí en Bagdad. La eficacia de esta propaganda puede verse bajo formas diversas. Desde Irak a las fronteras de la India, repetidas revueltas atestiguaban la actividad de los agentes isma'ílies, mientras la vida intelectual de todo el Islam testifica la atracción seductora que la doctrina isma'ílí ejercía en sus manifestaciones. Los poetas Mutanabbi (965 después de Cristo) y Abu l-Ala Al-Ma'arri (1057 después de Cristo), dos de los más destacados exponentes de la literatura árabe, estuvieron ambos fuertemente influidos por ideas isma'ílies. En Irak fue organizado un movimiento enciclopedista por un grupo conocido por "Los Hermanos Sinceros de Basra". Publicaron éstos una serie de cincuenta y una epístolas, que abarcan todas las ramas del conocimiento alcanzado hasta la época, y con acentuado matiz isma'ílí. Las epístolas de los Hermanos Sinceros fueron leídas desde la India a España y ejercieron una gran influencia en escritores posteriores. Su propagación fue ayudada por la organización de grupos de estudio semisecretos, con la dirección de miembros de la hermandad.

El período fatimí fue también una época de gran florecimiento comercial e industrial. Excepto por unos pocos períodos de hambre debidos a irregularidades del Nilo o de razzias practicadas por los beduinos, la era fue de una gran prosperidad. Desde el principio, los gobiernos fatimíes se percataron de la importancia del comercio, tanto para la prosperidad de su imperio como para la extensión de su influencia.

Ya'qub Ibn Killis inició un impulso comercial que posteriores gobernantes desarrollaron. El comercio prefatimí de Egipto había sido débil y limitado. Los fatimíes desarrollaron plantaciones e industrias en Egipto y comenzaron un importante comercio de exportación de productos del país. Además, establecieron una amplia red de relaciones comerciales especialmente con Europa y con la India. En el Occidente entablaron estrechas relaciones que se retrotraían a los primeros días tunecinos, con las ciudades repúblicas italianas, particularmente con Amalfi, Pisa y Venecia. Un gran volumen de comercio por vía marítima circulaba entre Egipto y el Occidente, y los barcos y comerciantes egipcios navegaban hasta España. Los dos puertos principales bajo mando fatimí fueron Alejandría y Trípoli de Siria, ambos mercados de importancia mundial. Las flotas fatimíes dominaban el Mediterráneo oriental.

En el este, los fatimíes establecieron importantes contactos con la India, extendiendo gradualmente su soberanía sobre ambas orillas del mar Rojo. Lograron desplazar el comercio indio del Oriente Medio, desde el golfo Pérsico al mar Rojo y especialmente al gran puerto fatimí de Aidhab, en la costa sudanesa. Comerciaron también con Bizancio y con los Estados musulmanes, aunque éstos eran de menor importancia. Doquiera iba el comerciante egipcio, no se encontraba distante el misionero isma'ílí, y pronto encontramos el mismo fermento de ideas entre los musulmanes, tanto de España como de la India.

Con la decadencia del califato fatimí en Egipto, los lazos entre la dinastía y la secta se debilitaron y llegaron a romperse. El califato fatimí. Se prolongó durante cierto tiempo como una dinastía títere y acabó por ser abolido; sin embargo, en las regiones orientales del califato, ahora bajo el mando de los selyúcidas, la organización revolucionaria tomó un nuevo rumbo.

Los Estados independientes en el norte de África

Las tierras de Ifriqiya y del Magrib, alejadas de la metrópoli, y mal dominadas por los califas, ofrecían excelente refugio a los descontentos y a los fracasados en el contraste político-religioso del centro del Islam. Los portadores de ideas nuevas hallaron siempre campo dispuesto entre los inquietos y excitables bereberes. Allí, desde el principio, habían hecho propaganda emisarios jarichitas y habían encontrado adhesiones en muchas tribus. Surgieron

así una serie de dinastías independientes. Abd Al-Rahman Ibn Rustam fundó el año 61 la ciudad de Tahert, en una región donde ya había jarichitas de la rama 'Ibadi. Quince años más tarde, Ibn Rustem se convirtió en imam de un Estado 'ibadi colocado entre los dominios de los idrisíes que ocupaban Tlemcen, a occidente, y los de los aglabíes, a oriente.

La existencia de la dinastía rustemí cesó de golpe después de un siglo y medio de vida (908), ante los ataques de los bereberes de Kutama, convertido al shiísmo por la propaganda de Abu Abd Alian, precursor de los fatimíes. La dinastía de los idrisíes surgió el año 786, cuando Idris, aliado hasaní, huyó de La Meca después de una rebelión fracasada, instalándose en Marruecos. Fue bien acogido entre los naturales, entre los cuales se habían difundido las doctrinas jarichitas, y aún muchos, pasándose a la shía, lo aceptaron como imam y lo ayudaron a fundar la primera de las dinastías shiítas. Su hijo postumo, Idris II, fundó la ciudad de Fez y extendió y aseguró sus dominios contra los aglabíes. Finalmente, esta dinastía cayó en el año 974 bajo el asedio de los fatimíes y los omeyas de Al-andalus; éstos tomaron Ceuta y Melilla, llevándose a los últimos idrisíes prisioneros a Córdoba. La dinastía de los aglabíes en Ifriqiya surgió el año 800, cuando Ibrahim Ibn Aglab se hizo independiente en su gobierno. Los dominios aglabíes llegaban por occidente hasta Bona y hasta los de los rustemíes de Tahert, y por oriente hasta Barqa. Rasgo característico del gobierno de los aglabíes fue la actividad con que impulsaron las expediciones marítimas de piratería y de conquista. La ocasión de entrar en Sicilia se la dio Eufemio, comandante de la flota bizantina de la isla, pidiéndoles ayuda en rivalidades personales. Cien navíos aglabíes, partiendo de Susa, ocuparon Mazara en 827, y en 831, Palermo. Hacia el 840 poseían los aglabíes los dos tercios de la isla. Siracusa cayó en sus manos, después de tres años de asedio (878). La isla de Malta ya había sido tomada. Así quedaba cerrado el Mediterráneo occidental, en cuyas ondas, al decir de Ibn Battuta, los cristianos no podían hacer flotar ni siquiera una tabla. Ciertamente que Nápoles, Gaeta, Amalfi conservaban sus flotas, pero los intereses comerciales pesaban más que otras consideraciones y les impulsaban a dar o a recibir favores de los musulmanes.

Contemporáneamente se habían multiplicado las expediciones contra el litoral de Italia. Brindisi y Tárenlo fueron saqueadas; Bari, tomada; al año siguiente, Ancona era devastada. Setenta naves musulmanas remontaron el Tíber, y aunque no pudieron penetrar en la ciudad amurallada, saquearon las basílicas de San Pedro y la de San Pablo, situadas extramuros. En una batalla naval frente a Ostia, los musulmanes fueron derrotados, pero no por eso perdieron la supremacía, y a poco el papa Juan VIII hubo de pagarles tributo. Los musulmanes corrían la campaña romana, devastaban Montecasino, saqueaban Subiáco y Tívoli y se hacían fuertes en varios puntos del litoral italiano y provenzal. El castillo roquero de La Carde Freynet, no lejos de Niza, fue nido de piratas andaluces durante casi un siglo, y les sirvió de base para depredaciones que se extendían hasta los valles alpinos.

De tales empresas sacaban los aglabíes recursos abundantes, que les permitían erigir obras monumentales, como la reconstrucción de la famosa mezquita de Qayrawan y las residencias principescas, verdaderas ciudades, de Al-Abbasiyya y Raqqada. Con una política hábil, supieron sortear por largo tiempo los conflictos interiores nacidos de la heterogeneidad y mutuas hostilidades de sus súbditos, pero cuando la propaganda fatimí logró alzar en armas a los bereberes, el último soberano aglabí huyó sin combatirles.

Con la caída de los aglabíes, Sicilia cambió de dueño, y fueron los fatimíes los que le dieron gobernadores hasta que Hasan Al-Kalbi, sin salirse del vasallaje de los fatimíes, hizo el cargo hereditario. Su dinastía llegó hasta 1040, y dio días de prosperidad al país. Luego, las guerras civiles rompieron la unidad y de ellas se aprovechó el caudillo normando Roger de Hauteville para entrar en Sicilia. Tomó Mesina en 1061; Palermo, en 1072, y hacia 1090, época en que se apoderó de Malta, toda Sicilia estaba sometida, salvo algunas diásporas en lugares menos accesibles. Las clases cultas y elevadas habían ido emigrando a África. Allí las había de seguir la contraofensiva de los normandos, los cuales tomaron Trípoli en 1146 y Qayrawan en

1148.

Siguiendo desde el siglo XI al XV una evolución independiente, el Magrib fue dominado por dos grandes dinastías bereberes, que revivificaron el sunnismo y resistieron la acentuada presión de la reconquista cristiana. Los almorávides (1053-1147), nómadas del Sahara, salidos de una comunidad de guerreros formada en vistas a la "guerra santa" *al-murabitun*, ocuparon Marruecos y después fueron a ayudar al amenazado rey de Sevilla, fundando así un imperio hispanoafriano. Ibn Tumart, instalado en Tinmal (1125), había predicado su doctrina sobre la unicidad divina y agrupado a sus partidarios para la lucha contra los almorávides, y después de su muerte, su discípulo 'Abd Al-Mu'min, se apoderó de Marrakech y los almohades, *almuwahhidun*, sedentarios de la montaña, consiguieron extender su dominio a toda Berbería y los restantes territorios de Al-Andalus. En 1162, 'Abd Al-Mu'min tomó el título califal: este califato bereber desapareció a mediados del siglo XIII con la aparición de tres reinos, hafsí, en Túnez; abdalwadí, en Tlemcén, y mariní, en Fez (durante cierto tiempo este último poseyó toda Berbería).

La decadencia abasí

El gobierno abasí, presa de constantes revueltas interiores, intentó por todos los medios contener las fuerzas de desintegración que iban apareciendo en todo el imperio. Para asegurar la defensa de éste, los generales turcos y sus tropas mercenarias recibieron tierras, a condición de que pagaran las rentas al tesoro; es el sistema del *iqta*. Pero, a partir de entonces, los mercenarios actuaron más por interés propio que para el Estado abasí.

En vano califas como Al-Mu'tazz (866-869) y Al-Muhtadi (869-870) practicaron una política antishiíta rigurosa; no llegaron a reinar lo suficiente como para obtener resultados y eliminar la amenaza. La propaganda shiíta penetró hasta en los medios gubernamentales: el visir Ismail Ibn Bulbul hizo entrar en la cancillería a los Banu I-Furat, shiítas, convencidos que alcanzaron un lugar preponderante; uno de ellos, Ali Ibn Al-Furat, llegó incluso a convertirse en visir y favoreció ampliamente a sus correligionarios. Hacia la misma época, se asistió en Bagdad a una lucha de influencia entre los teólogos hanbalíes y los místicos: entre estos últimos se hallaba el famoso Al-Hayyay, cuyas teorías parecieron tan revolucionarias y amenazantes para el orden establecido, que fue finalmente ejecutado en 922, mientras que el gran historiador árabe Tabiri se hizo sospechoso y murió al año siguiente. Los desórdenes religiosos y sociales iban en aumento, y en 936 el califa Al-Radi entregó al gobernador de Basra, Muhammad íbn Raiq, plenos poderes políticos y militares con el nuevo título de *amir al-umara*; mientras que él se limitaba al papel de jefe religioso de todos los creyentes. A partir de entonces aparecieron las disputas para ocupar las funciones de *amir al-umara*: después del emir shiíta hamdaní de Mosul, Hasari, que se apoderó de Bagdad en 942, otro shiíta, esta vez iranio, Ahmad Ibn Buwaud, ocupó Basra y Wasit, entró en Bagdad en 945 y se convirtió en *amir al-umara* con el nombre de Muizz Al-Sawla; liquidó al califa, nombró a otro más dócil y fundó la dinastía de los emires buyíes.

Sin embargo, en Alepo, el Hamdaní Alí, hermano de Hasan, consiguió controlar todo el norte de Siria en 944 y recibió del califa el título de *Sayf Al-Dawla*, con el cual es conocido en la historia: se trata una vez más de una victoria shiíta; pero, sin embargo, el califato sunnita aún no había desaparecido. Era incluso indispensable: en efecto, representaba un principio legitimista que podía oportunamente servir no sólo para dar validez al nombramiento de *qadís* y de funcionarios religiosos, sino también para ratificar otras decisiones o darles mayor prestigio. Un condominio entre el califa abasí sunnita y el emir buyí shiíta se hizo posible y funcionó sin más dificultades aparentes. Pero, a partir de 950, estallaron en Bagdad violentos enfrentamientos entre shiítas y sunnitas; éstos acusaban a Muizz Al-Dawla de favorecer a los shiítas y sembrar la discordia. Esta turbulenta situación animó a los bizantinos a reemprender la lucha contra los musulmanes.

En efecto, en esta época, los grandes emperadores de la dinastía macedonia, Nicéforo Focas y Juan Timiscés, tomaron la ofensiva en el Kurdistán, Armenia y norte de Siria; en Siria tuvieron que enfrentarse a Sayf Al-Dawla, que contribuyó entonces a salvar el imperio abasí con sus proezas militares: fue cantado por los poetas y escritores árabes (en su corte de Alepo vivieron los poetas Al-Mutanabbi y Abu l-Faray Al-Isfahani, y el filósofo Al-Farabi) como el campeón, el héroe del Islam. Los combates que libraron bizantinos y árabes no dieron lugar a modificaciones territoriales importantes; por el contrario, contribuyeron a desarrollar en ambos un sentimiento nacional al mismo tiempo que una cierta estimación recíproca, que se tradujo en la creación de personajes legendarios, Digenis Akritas, por un lado, y Sayyid Batial Gazi por el otro, expresiones del genio de cada uno de estos dos pueblos en estrecha relación con el otro.

En cuanto a los califas abasíes, sin ninguna autoridad, dejaron la realidad de su poder a sus visires buyíes, que fundaron una auténtica dinastía. Uno de ellos, Adud Al-Dawla, dueño de Irak a Irán, tomó el título de sultán y de *shahansha*, títulos de origen iraní destinados a poner de manifiesto sus poderes.

Desde el Mediterráneo hasta el Jorasán, triunfaba el shiísmo. Pero en el transcurso de los últimos años del siglo X, el sunnismo volvió a la ofensiva en todo el oriente musulmán, con el turco Mahmud de Gazna, ofensiva que continuó en el siglo XI, siempre por instigación de los turcos, quienes finalmente consiguieron hacer triunfar al sunnismo. Por el contrario, en el occidente musulmán, excepto durante el período del califato de Ifriqiya, el shiísmo no pudo ocupar las posiciones del sunnismo.

En el oriente musulmán se localizaron las fuerzas de transformación más importantes. Llegados como grupos nómadas expulsados del Asia central por los chinos y los mongoles, más tarde reclutados como mercenarios y posteriormente islamizados, los turcos aportaron al Islam una oleada de renovación, que se tradujo finalmente en una nueva oleada expansionista. En pleno apogeo, el mundo turco-musulmán logró alcanzar una extensión bastante superior a la de los imperios anteriores.

En un principio, los turcos de Asia central fueron reclutados por los soberanos saffaríes y sobre todo por los samaníes. Poco a poco se convirtieron en mayoría dentro del ejército y de la administración samaní, eliminaron esta dinastía y crearon una nueva bajo el mando de un destacado jefe, Mahmud Ibn Subuktekin (999-1025), la cual se estableció en Gazna, Afganistán. Los gaznavíes controlaron rápidamente todas las antiguas provincias orientales del imperio abasí y llegaron hasta la India, donde sometieron al Punjab y Cachemira. Por otra parte, la corte de Gazna resultó particularmente brillante: por lo general, se ha imaginado al turco como un rudo guerrero, lo cual pudo ser cierto en algunos aspectos; sin embargo, fue también un buen administrador (el Estado selyúcida sería un buen ejemplo, al igual que los otomanos posteriormente) y un ser apasionado por la cultura. Así, fueron contemporáneos de Mahmud de Gazna, dos de las personalidades más destacadas del pensamiento musulmán: el poeta Firdausi, autor del *Sah Namé* (el *Libro del Rey*), y Al-Biruni, indudablemente uno de los espíritus más curiosos de todos los tiempos.

Pero después de las gaznavíes, entraron en el mundo musulmán otras tribus turcas, entre las que destacó un importante grupo de turcos Oguz, del que formaba parte la tribu que tomó su nombre de su epónimo, Silyuq, la de los selyúcidas. Éstos fueron particularmente activos o incisivos, pues, después de haber derrotado a los gaznavíes en 1025 y de haberlos rechazado hacia el este, ocuparon el Jorasán e Irán, donde su jefe, Tugril Bey, instaló su puesto de mando, en Isfahan. Sunnitas convencidos, los selyúcidas eliminaron a los shiítas, y especialmente a los últimos buyíes que se encontraban lejos de su pasado esplendor. A continuación, penetraron en Iraq y llegaron a ocupar Bagdad en 1055, convirtiéndose entonces en defensores y protectores del califato abasí. Este, satisfecho con poder contar con una fuerza segura frente a los fatimíes, concedió a Tugril Bey el título de sultán. Poco después, Tugril Bey dio pruebas de su poderío y de su agradecimiento venciendo a otro turco, Basasiri, quien, aunque sólo momentáneamente, había conseguido penetrar en Bagdad y pronunciar la *jutba*

en nombre del califa fatimí.

La ascensión turca ya no pudo ser detenida: durante la segunda mitad del siglo XI, los sucesores de Tugril Bey se mostraron como los defensores del Islam sunní en particular al eliminar a los fatimíes o a sus aliados de Siria. Gracias a ellos la expansión musulmana tomaría un nuevo impulso.

Selyúcidas y mongoles

Después del siglo ismaelita del Islam, la mitad del siglo XI señala un cambio decisivo en la historia del mundo musulmán: la aparición en el primer plano de la escena política de los turcos selyúcidas, sunnitas. Expulsando al shiísmo hasta entonces preponderante (buyíes y fatimíes), impusieron en los países conquistados nuevos modos de pensar y de vivir, sin esperar a Occidente, en donde Berbería se liberaba de la tutela oriental. Desde entonces, "Oriente y el Magrib se vuelven la espalda".

Oficiales al servicio de los gaznavíes, los nietos de Silyuq se habían rebelado contra sus dueños, fundando un imperio que unificó durante algún tiempo las provincias persas. Uno de ellos, Tugrilbey, después de haberse instalado en Nisapur (1038), destruyó el poder buyí y se hizo reconocer sultán por el califa de Bagdad (1055-1092). Los tres grandes sultanes selyúcidas, Tugrilbey, Alp Arslan y Malik-Sah, ayudados por el visir persa Nizam Al-Mulk, realizaron una obra importante. No sólo dotaron a su imperio de una organización política y social que servirá de modelo a todo el oriente musulmán, sino que se convirtieron, en todos los frentes, en defensores del Islam sunnita, y no contentos con haber librado al califa abasí del yugo de los buyíes shiítas, aniquilaron la acción de las sectas y se esforzaron por reemprender la enseñanza de la ortodoxia (fundación de *madrasa*). Invadiendo el Asia menor, que arrebataron a los bizantinos, establecieron igualmente su dominio en la Siria fatimí (1070), hasta el momento en que la llegada de las cruzadas transformó el Cercano Oriente, introduciendo principados francos (1099) que se mantuvieron durante más de dos siglos.

A la muerte de Malik-sah, el imperio selyúcida, dividido entre sus hijos y sus hermanos, empezó a disgregarse y a desmoronarse. Los gobernadores de provincias se emanciparon y se formaron dinastías locales en Siria, Mesopotamia, Armenia y Persia. La de los zengíes de la alta Mesopotamia, representada por Nur Ad-Din (1146-1173), que extendió su poder a toda Siria, se distinguió en su lucha contra los francos, reemprendida pronto por Salah Ad-Din, Saladino (1169-1193), fundador de la dinastía ayyubí de Egipto, quien, una vez conseguida la sucesión de Nur Ad-Din, se apoderó de Jerusalén (1187). Una sola rama selyúcida consiguió mantenerse hasta la invasión mongol: la de los "sultanes de Rum" (1092-1327) en Asia menor (capital Qonya).